

Colección **Actualizaciones Académicas**

Actualización Académica en pedagogía de las experiencias socioeducativas

**Módulo 4: El mundo contemporáneo y sus
transformaciones**



Índice

Clase 1. La experiencia contemporánea	3
Clase 2. Alrededor del trabajo, derivas de la subjetividad	21
Clase 3. La noción de mundo.....	41
Clase 4. El futuro tal como lo conocemos	56

Módulo 4: El mundo contemporáneo y sus transformaciones

Clase 1: La experiencia contemporánea

Introducción

Bienvenida



Hola colegas, ¿cómo están? Espero que haya sido provechosa hasta el momento la cursada de la Actualización, seguramente lo fue, y que lo siga siendo con este seminario.

En El mundo contemporáneo y sus transformaciones: sociedad, escuelas y estudiantes –este es el nombre del seminario que se inicia con esta clase-, con el objetivo de reflexionar alrededor de algunas de las coordenadas principales que le dan forma a nuestra época, al mundo en su estado contemporáneo, tomaremos distancia de lo que bajo la forma de noticia o, más en general, de comunicación, nos rodea y recorre, nos aprieta cotidianamente, incluso minuto tras minuto. No trabajaremos de buenas a primeras con lo que informan los diarios, unos u otros, nos gusten más o menos, y, claro, ya no a través de la casi obsoleta edición impresa –¿se acuerdan?: una vez por día, la matutina; la vespertina apenas sobrevivía a inicios de este siglo-, sino desde sus páginas web con novedades que no cesan de actualizarse las 24 horas del día. Tampoco haremos un desmenuzamiento de lo que circula en los canales de televisión, de los que llevan décadas o de los flamantes. Sin dudas “tomar distancia” –por supuesto, mucho más allá del momento algo permitido de formar fila-, es un movimiento clásico, muy propio de la escuela y de la cultura que invariablemente precisan de “mediación” y “sombra”, sino son ellas mismas esa “mediación” y esa “sombra”. El problema, una parte de él, radica en que este movimiento se ha vuelto de un tiempo a esta parte cada vez más



difícil, alcanzarlo es caminar cuesta arriba y empinado, como si fuera un esfuerzo a contracorriente; y, confirmamos, no se trata sólo de una sensación, lo es. Sabemos bien que tanto nosotros como nuestras alumnas y alumnos -y podríamos, desde ya, sumar a sus madres y padres, a los adultos que están cerca suyo-, nos encontramos zambullidos y arrastrados por un mar de conexiones y de atenciones -es inevitable: son también desconexiones y desatenciones-, que parecen impedir la pausa necesaria para pensar la situación, particular y a la vez bien amplia, en la que se desenvuelve nuestro trabajo como docentes. Casi demás está decir, pero de todas formas lo decimos, que producir esa distancia no nos interesará de ningún modo para sustraernos de la realidad, para alejarnos de ella, sino todo lo contrario: la precisamos para adquirir una percepción más aguda de lo que circscribe y en más de un sentido determina a nuestra práctica, con más eficacia incluso -y de la nociva- ya que se escabulle del pensamiento.

Porque, como lo constatamos todos los días, las y los chicos que asisten a la escuela, la escuela misma y nosotros como maestros y maestras, portamos en nuestros cuerpos y conciencias –o en nuestra subjetividad para decirlo a tono con los tiempos- con la marca de esta época. Un poco más incluso: somos en buena medida en relación con ella. De forma distinta por supuesto, en primer lugar porque la escuela –tanto como idea e invención y cada una de ellas en particular- tiene una historia encima, que acumula otras marcas, que por el hecho de ser pretéritas no significa que hayan dejado de actuar, de tener su peso. También nosotros, adultos, estamos a caballo entre una época y otra, con un pie por allá “atrás” –algunas y algunos en los años ochenta de la llamada “primavera democrática”, o en los noventa; y otras y otros alrededor del 2001 que también quedó lejos- y otro pie aquí. Y, además, las marcas que imprime la época no son las mismas según las clases sociales, refractan o reverberan de distintas maneras, pronuncian más algunos ribetes que otros. Ni qué decir que esta reflexión, aun cuando se sostuviera sobre coordenadas generales similares, no sería la misma en Canadá o en Alemania, por poner el nombre de dos sociedades en las que la abundancia, la “sobreproducción” al decir del filósofo Gilles Deleuze, ha hecho que se entramen nuevas relaciones de poder, colocando una agenda de problemas que no son exactamente los mismos que los nuestros. Y también nos interesará tener en cuenta y sopesar las formas en que el mundo contemporáneo se plasmó ante situaciones regionales al interior de nuestro país, que son económicas y que hacen al mismo tiempo a tradiciones culturales, para crear situaciones que tienen mucho en común, aunque guardan

diferencias. Entonces: sólo hasta cierto punto compartimos la época, el mundo contemporáneo no es el mismo, al menos no lo es de pe a pa, para todas y todos.

Añadamos en paralelo que más de una vez se hurgó alrededor de lo que el oficio de enseñar, e incluso la propia escuela, mantiene incólume más allá de las variaciones epocales, y también de las de lugar y nación. Por ejemplo, autores como Hannah Arendt y los pedagogos contemporáneos Masschelein y Simmons, que ustedes ya abordaron, producen una serie de definiciones a partir de la convicción de que hay una “esencia” de la educación y de la escuela. Y si bien muchísimo nos interesan estas lecturas, porque nos encontramos entre quienes suponemos que en efecto es posible definir lo que “es” una escuela y, por lo tanto, no juzgamos descabellado el intento de encuadrarla más allá de los contextos, también sabemos que esa “esencia” se conjuga con lo que es propio, característico de cada tiempo, de cada contemporaneidad. Y del propio lugar en su sentido más fuerte.

Acerca de los “fines”

Dicho esto, queremos sostener en esta clase de carácter introductorio que una forma de definir a esta época –o a esto que llamamos “mundo contemporáneo”– es a partir de lo que ella irremediablemente dejó atrás, de lo que se desancló y, por lo tanto, alejó. La impresión, entonces, de que se erige como tal a través de un conjunto de rupturas, como si se hubiera desprendido de la experiencia histórica previa. Es por tal motivo que el tópico, o el asunto, del “fin” ha estado, y sigue estando, tan a la orden del día. El “mundo contemporáneo” como ese estadio de la vida de nuestras sociedades que viene después de que se declararan los finales de muchas “cosas” –experiencias, instituciones, prácticas, sentidos– que habían estado largamente vigentes, sosteniendo y ordenando la vida tanto privada como pública, por lo menos desde la Revolución Francesa. Por supuesto, este cuadro completo que podríamos reconocer como el de la modernidad se fue plasmando, importantes forzamientos mediante, con distintos ritmos en nuestro continente. (Entre paréntesis nos preguntamos si fueron solo declaraciones de finales, si no hubo hechos ciertos que las hicieron posibles y verosímiles.) Empezamos por uno de los “fines” más estridentes: se dijo “fin de la historia”, y sonó muy pero muy fuerte hacia el año 1989, el de la caída del Muro de Berlín y del colapso del llamado “socialismo real”, pero esta idea sobrevolaba a la cultura, sobre todo en Europa y en los Estados Unidos, desde poco después del final de la Segunda Guerra Mundial. Iba de la mano del

también declarado “final de las ideologías” –o del triunfo definitivo de una–, y a veces todo estaba teñido de melancolía más o menos engañosa, así como otras de un enorme entusiasmo. Como sea, se anticipaba que el futuro se encontraría, si es que ya no lo estaba, capturado por este final, y entonces la noción misma de futuro, sin el motor de la historia y sin los escalones del progreso, parecía zozobrar. La sensación que por momentos se impone, solo por momentos, es que continúa zozobrando, convertido en un vacío en el que solo se repite lo mismo.



Hacemos un parate para recorrer dos narraciones –una fílmica y otra literaria– que nos permiten pensar algunos de los problemas que se abrieron a partir del derrumbe de la alternativa socialista en el mundo y el triunfo del capitalismo occidental. Dos historias diferentes que tienen como punto en común la caída del muro de Berlín.

Por un lado, les acercamos la invitación a ver la película alemana [Good Bye, Lenin!](#) (2003) dirigida por Wolfgang Becker. La historia que se cuenta tiene como trasfondo la reunificación alemana –signada por la conflictiva coexistencia entre estilos de vida e ideologías disímiles y opuestas– escenario en el que se despliegan, con ironía y humor, dramáticas transformaciones familiares y sociales.

Además, les convidamos la lectura del cuento de Sam Shepard, [“Un Trozo del Muro de Berlín”](#). Un relato corto, poco más que una escena, en el que a partir de una consigna escolar se desarrolla una conversación familiar que nos plantea una reflexión sobre la memoria y los usos de ese pasado reciente.

- En una y en otra narración, ¿qué está finalizando –cómo se lo caracteriza– y qué ha comenzado?

En sintonía con el adiós a los grandes relatos también se declaró, por caso, el “fin del trabajo”, muy a propósito de la llamada tercera revolución industrial, la de la robotización de la producción; y en 1985 una autora –bióloga y filósofa–, Donna Haraway, arriesgó en un manifiesto el “fin del hombre” –por el hombre blanco, “encarnación del logos occidental” y abriendo la puerta al *cyborg*–, cosa que entre nosotros y en los últimos años los feminismos han retomado. Más fines: del arte, de la filosofía y, lo que más próximo nos implica: “fin de la infancia”. Incluso en 2017, poco antes de la pandemia

pero recogiendo mucho de lo anterior, un reconocido divulgador de temas filosóficos habló del “fin del aula”, que el “aula había muerto”.



Fin de la infancia

Sabemos que la definición de la infancia, en tanto categoría social e histórica, admite variaciones a lo largo del tiempo y de acuerdo al contexto. Desde hace un tiempo, se ha instalado la pregunta por las “nuevas infancias” (qué es lo que está cambiando, qué tienen de nuevas), a la par que algunos teóricos se atrevieron incluso a sostener que la infancia moderna occidental está en proceso de desaparición.

El sociólogo norteamericano Neil Postman, concentraba su análisis, en la década del 80, en los efectos de la expansión social de la televisión y las transformaciones que los medios de comunicación masivos promovían, tales como la disolución de la línea divisoria entre mundo adulto e infantil. En este sentido, la subsistencia de la concepción de infancia dependía del control de la información y la graduación de los aprendizajes en manos de los adultos (la familia y la escuela centralmente). La infancia estaba protegida contra cierto tipo de información, no todo estaba disponible, y mucho menos, al mismo tiempo y en cualquier situación.

En nuestro país, hacia fines de los 90, Mariano Narodowski -recuperando aportes de Postman y otros- plantea que la crisis en la conceptualización moderna de la infancia transcurre por dos vías: la hiper realización de una infancia, por un lado, y la de una infancia desrealizada, por otro. En el primer caso, se trata de la infancia de la realidad virtual, hiperconectada. En palabras del autor: “Hoy los niños son emperadores mediáticos. Control remoto en mano hacen zapping de cientos de canales que tienen disponibles con solo un click. Acceden tanto a canales exclusivos para ellos (inclusive ya se disponen canales para bebés como “BabyFirstTV”) pero también a canales exclusivos para adultos, adueñándose de experiencias y saberes que a los

viejos adultos les costó décadas procesar. Niños que transcurren sus días entre pantallas. Pantallas de televisión, pantallas de videojuegos, de tablets o de notebooks en la escuela. Smartphones indispensables para no desconectarse ni un segundo”.

El otro caso, se trata de la infancia de la calle, de la infancia abandonada, de aquella infancia que es independiente, que es autónoma porque vive en la calle, trabaja desde muy temprana edad y construye sus propias categorías para la subsistencia. Se trataría de “niños con recursos necesarios para no depender de un adulto, y adultos que no ven la necesidad de protegerlos”. Niños y jóvenes para los que dejamos de recurrir a la pedagogía, que no reclaman un lugar en la escuela, y en cambio son tratados a través de otras instituciones, como el derecho penal o la psiquiatría

Probablemente, y aunque no sea del todo satisfactorio ya que es por la negativa, una nueva época tienda siempre definirse a sí misma, al menos mientras se encuentra en ebullición formativa, por aquello que dejó atrás. Pero sospechamos que esta vez la dificultad tiene otro espesor, encierra algo más... De acuerdo entonces con esta perspectiva, el “mundo contemporáneo” sería aquello, esto, que convive con todos esos fines.

Hacia 1994, o sea, en medio del festival –o de la pesadilla según de quién sean los ojos y la piel– de todos esos fines, el historiador marxista **Eric Hobsbawm** no salía de su asombro al confirmar desde su condición de profesor, en el aula, que sus alumnos vivían en un puro presente sin continuidad con el pasado. Por aquel entonces Hobsbawm dictaba clases en prestigiosas universidades de Inglaterra y de los Estados Unidos, y sin embargo nos cuenta de estudiantes que solo llegaban a suponer la existencia de una Primera Guerra Mundial, porque sabían de una llamada “Segunda Guerra Mundial”; o que la de Vietnam se les perdiera como un hecho antiquísimo, de otra edad. Esto lo apunta en su libro *Historia del siglo XX*, y concluye: “La destrucción del pasado, o más bien, de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX.” Lo que volvía –¿y vuelve?– entendible que “en su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de

este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven.” En la Argentina, las y los más grandes seguro se acordarán y quizás, ese es nuestro caso, con una pizca de dolor, que era usual tachar de anacrónica cualquier reflexión que tuviera carácter crítico, que dimensionara tenuemente que la transformación que estaba viviendo nuestro país lo situaba al borde la crisis; y nos decían frases como “te quedaste en el ‘45”. También por nuestros pagos, una puntada más con historiadores, Túlio **Halperin Donghi** echó mano a la figura de la “intemperie”. Su hipótesis, enunciada en 1993 en una conferencia e impresa en libro un año después, es la siguiente: una vez desmantelado el Estado de bienestar, en la versión que en la Argentina le dio el peronismo –del cual él nunca fue partidario, más bien todo lo contrario–, nos encontramos en la “intemperie”. Con ella alude a la ausencia de protecciones materiales bien ciertas y concretas, así como, en paralelo, al vacío de protección simbólica, a la orfandad de sentidos que permitan la vida colectiva.



A propósito de la Exposición Universal de Sevilla 1992, a 500 años de la llegada, que fue mucho más que eso, de Colón a América, el envío principal que hizo oficialmente Chile fue un témpano, un hielo gigante extraído de la zona más austral de su mar, como objeto que supuestamente lo representaba. Un sociólogo del país hermano, **Tomás Moulián**, encuentra en esta elección una señal del esfuerzo que hacía el gobierno constitucional recientemente electo, pero bajo la constitución sancionada por Pinochet en 1980, por lavarse del barro de su pasado. El témpano es helado, limpio, transparente: no tiene historia. Una novela española, que fue un éxito internacional en ventas, para hablar de la Guerra Civil Española que apenas había ocurrido 65 años atrás, elegía llamarse *Soldados de Salamina*, o sea, apelar a una batalla entre griegos y persas que ocurrió en el siglo V antes de Cristo, porque así de lejos había quedado el pasado incluso reciente.

¿La vuelta de la historia, del trabajo, de la política, etc.?

Ahora bien, permítasenos otra muesca en el argumento de esta clase. Poco después del atentado terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York, es decir, cuando una escena de impactante enemistad

y conflictividad se diseminó sin transiciones por todo el mundo, a lo que siguió la guerra en Irak y en Afganistán, un crítico de arte, **Hal Foster**, propuso que estábamos ante el “fin del fin de la historia” y, junto con este en particular, se revelaba que todos los “fines” declarados con más o menos pompas habían estado lejos de ser incontestables. Que las ideologías nunca habían estado todo lo muertas como se había diagnosticado; que tampoco el trabajo aunque hubiera modificado severamente su rostro; que el arte de otra manera seguía latiendo. Y, agreguemos nosotros, esto le cuadra a la infancia, al aula, a la escuela. *Funeral para un cadáver equivocado* se llamaba el escrito, que refería con clara ironía a los muertos que no gozaban de tan mala salud. En varios países de América Latina, luego de lo que en la Argentina llegó a un punto altísimo expresado por la consigna “que se vayan todos”, también volvió la política. Pero Foster advertía que la vuelta de ese entramado de instituciones, experiencias y sentidos, no implicaba una presencia rutilante, que hubiera recuperado su anterior eficacia y peso. Su estatuto ya no era el de antes, no había recuperado plenamente la antigua forma, era el “fin de los fines”, pero no la presencia sin más. Desde esta perspectiva, la época ya no sería solamente de funerales, sino de conceptos e instituciones que siguen muy presentes, pero se duda de su eficacia que ya no es la misma. El sociólogo polaco **Zygmunt Bauman** remite a “conceptos zombis” que no se sabe cuán vivos o muertos están, asunto que refuerza el estado de una modernidad que, su argumento, ya no es sólida sino líquida.



El agua entre las manos

Si Marx y Engels consideraban en el *Manifiesto comunista* que el protagonismo de la burguesía y del capitalismo hacía que “todo lo sólido” se desvaneciera en el “aire”, aún así tenían la certeza de que algunos elementos sobrevivirían al proceso de “licuefacción”. Por ejemplo, las clases sociales con sus fronteras nítidas, en lucha por ende, y más aún el socialismo, como estadio de superación del capitalismo que permitiría a la humanidad al fin comenzar su verdadera historia, ya no hecha de zozobras e inseguridades, y que la condujera a su propia realización. Agreguemos, a distancia de estos intelectuales revolucionarios pero muy cerca de la propuesta de Bauman, que si un maestro o un profesor en algún momento fue creado de una vez y para siempre, título en la mano a lo sumo revalidado por la experiencia, hoy mantener esa forma, es decir, ser considerado maestro o profesor, implica una

revalidación prácticamente diaria ante alumnos que tampoco se aquietan en esa posición, a la par que la formación se volvió “continua” o “permanente”. “Los sólidos son moldeados una sola vez. Mantener la forma de los fluidos requiere muchísima atención, vigilancia constante y esfuerzo perpetuo... e incluso en ese caso el éxito no es, ni mucho menos, previsible.” Un nuevo e impensado cansancio ha nacido.

En los comienzos del positivismo y la sociología, hacia mediados del siglo XIX, se entendía que a una “época orgánica” la sucedía una “época crítica”, para dar paso luego a otro momento de estabilidad. El progreso era el hilo que se desplegaba sobre ese relieve apenas accidentado y, sobre todo, accidentado para potenciar la evolución social. La impresión que se impone en nuestros días es que estamos en medio de una “Gran Aceleración”, así se la llama, que incluye a un conjunto variado de indicadores que van desde el consumo de recursos naturales al crecimiento demográfico, de la utilización de energía al deterioro de la biosfera, de los flujos de información que nos atraviesan a proceso productivos que no reconocen barreras nacionales. A la “Gran Aceleración” se le da inicio con la finalización de la Segunda Guerra Mundial, aunque en un primer momento de relativa estabilidad –en Europa y los Estados Unidos se los llamó “los treinta años gloriosos”, y son los de la vigencia del Estado de Bienestar–, sus consecuencias no llamaron principalmente la atención. Todo pasó a tener otro cariz al ligarse con el neoliberalismo en una nueva escena en la que lo orgánico nunca termina de afirmarse, en la que la moneda usual es la crisis, la inestabilidad.

Se abrió así un período que, lejos de ser excepcional, se asemeja a una normalidad en permanente mutación, ya sin siquiera permitir la previsión de que se alcanzará en el futuro algún orden duradero. Se sale de una crisis con otra, cosa que lo que está ocurriendo en estos días, con el fin de la pandemia y la guerra en Europa –y, en nuestro caso, con una situación de ahondamiento de la crisis social y económica, signada por mayores injusticias–, se alinea con este diagnóstico. Por lo tanto, agregamos, con la sospecha de que toda radiografía social y política nace inexorablemente vieja, aunque trabaje sobre líneas que aún pasado el tiempo siguen siendo muy reconocibles y pertinentes.

El mundo contemporáneo y la pandemia



Inevitable que nombremos a la pandemia covid-19, que fue asunto de diarios pero será asunto de libros, ya que tiene un lugar brutalmente ganado en la cultura y en las narraciones por venir de la historia de este siglo e incluso de la modernidad. No cabe duda de que nos tomó desprevenidos, pues no entraba en nuestra imaginación que fuera a ocurrir un suceso de estas características, más allá de lo que advirtieran estudiosos con argumentos atentos a los efectos del crecimiento demográfico y a la globalización, también al Antropoceno y a la destrucción con fines económicos de amplísimas zonas del planeta: selvas, montes y bosques. Era difícil no ver solo como ficciones a las distopías que llegaban a través de películas y series. Pero, a la vez, transitar la pandemia llevó a profundizar en formas de vida, en prácticas, que ya estaban socialmente instaladas desde las últimas décadas. Mantuvimos mediada y cuidadamente los vínculos, laborales y sociales, educativos también, acentuando lo que investigadores y ensayistas denominan “nuevas formas de vida infotecnológicas”. Por supuesto, a la distancia –una muy distinta de la que define a la escuela y a la cultura– que nos permite la web y la conexión de las redes. Aislados pero en contacto, virtual, “en el enjambre” como titula el filósofo surcoreano **Byung Chul Han** un libro suyo del año 2014, o sea, sin noticias aún de lo que nos asaltaría. En celdillas cercanas pero separados en núcleos familiares de los más diversos.

Vayamos a un efecto, a una resultante del “acontecimiento” pandemia –aunque en la nominación rigurosa al respecto correspondería hablar de un “desastre”, porque no abrió sino cerró el horizonte–, que, sin embargo, ya estaba anticipada: en 2013 el profesor de Teoría y Arte Moderno en la Universidad de Columbia, **Jonathan Crary**, publicó un ensayo investigativo con el título *24/7. El capitalismo tardío y el fin del sueño*. El planteo es nítido: desde la Revolución Industrial, es decir, desde fines del siglo XVIII en Europa y los Estados Unidos y, de a poco, en el resto del mundo, la relación con el sueño mutó significativamente respecto de lo que había sido en sociedades preindustriales. Básicamente las horas de sueño se redujeron cada vez más, al ritmo en primera instancia de que la urbanización y el alumbrado público lo hicieron posible, pero también de que las fábricas incorporaron turnos nocturnos para aumentar la producción. Pero ese tiempo se angostó aún más a partir de la creación de las señales de televisión, cosa que ocurrió inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, otra componente podríamos afirmar de la “Gran Aceleración”; y, luego, en las últimas tres décadas con el desarrollo de la web y la revolución silenciosa en las telecomunicaciones y la digitalización... La llamada “sociedad del rendimiento” se lleva de mil maravillas con estas posibilidades. La web, lo sabemos bien, nos ofrece contenidos *on line* de todo

tipo las 24 horas de los siete días de la semana. Y las redes nos habilitan a ver esto y aquello, a parlotear un poco más, a saber de la vida de una conocida o conocido que no vemos hace un montón de tiempo. ¿Por qué y, sobre todo, cómo dejar de jugar a tal juego si este sigue allí, si es tanto más atractivo, y fácil, que mucho de lo que se nos ofrece o podemos ofrecer? Todo en una lógica que es la del consumo expandido, permanente, como compulsión a estar conectados, con el estímulo de la ludificación de la existencia. Hacia 2018, el creador de Netflix ante una pregunta que le hacían por el temor frente a posibles competencias señaló que su único enemigo era el sueño, porque era lo que le ponía límite al consumo de lo que ofrece su plataforma. Estar conectados era una forma de habitar el aislamiento —y la depresión— sin poner en peligro la salud física de nadie, por lo tanto se extremó lo que ya venía ocurriendo. A mediados de la década de 1980, Fredric **Jameson** había advertido que en la nueva situación del capitalismo avanzado la colonización del inconsciente era uno de los terrenos que se avizoraba como más rentables. Lo ocurrido en las últimas décadas, y con vértigo, en los últimos años, prácticamente vuelve literal esta perspectiva de lucha por el sueño.

El “shock de virtualización” que se ciñó sobre la vida de cada uno de nosotros durante la pandemia, e incluimos —obvio de toda obviedad— a nuestros alumnos, aun perteneciendo a clases distintas, con conectividad mejor o peor, etc., no hizo más que intensificar la situación preexistente. Permítannos una observación como profesores de 5to. año en la ciudad de Buenos Aires: el año pasado tuvimos varios alumnos que sencillamente padecían este problema, enorme dificultad para desconectarse cuando todo seguía encendido a su alrededor, y luego en la escuela lidiaban contra el sueño. Como pocas veces lo hemos visto. Este año la situación adquirió otros rasgos, menos excepcionales probablemente, pero pasó a ser notable que, en general, si pudiéramos sacar un promedio, el sueño se redujo de manera pareja. O sea, se diseminó el problema que, no cabe duda, conspira contra la atención, vuelve más leves las presencias. Exageramos: zombifica.

Señala Byung **Chul Han** que la fotografía en su actual estado, como forma de comunicación virtual, es una forma de “fugar” del mundo. Se refiere a un síndrome conocido en Japón como el “síndrome de París” que consiste en la decepción de los turistas cuando luego de las tantas fotos, algunas de ellas de otros turistas, que habían consumido hasta el hartazgo, la ciudad real con su Tour Eiffel los decepciona. Para pensar a contramano de los optimismos fáciles, podría ser muy valioso trasladar esta hipótesis para diagnosticar lo que nos rodea, porque ¿cómo amonestar a quienes durante el tiempo largo de cuarentena con sus distintas fases quisieran “fugar”? Y Han escribe esto antes de la

explosión de Tik Tok. Si hasta marzo de 2020 podíamos discutir a propósito de cuán apropiado era el argumento que decía que el celular se había convertido en una extensión –pero en una activa, no inerte– del propio cuerpo de nuestros alumnos, y de nosotros también, luego de ese acontecimiento no quedan dudas de que es así. Fugar de “una Tierra que va perdiendo su condición de mundo”, así lo escriben el antropólogo y la filósofa del Brasil, Viveiros de Castro y Deborah Danowski, en su libro *¿Hay mundo por venir? Ensayos sobre los medios y los fines* que en la Argentina se publicó en 2019.



La pandemia y las generaciones

Incorporemos una faceta más de la fractura que acarrea la experiencia contemporánea muy a propósito de la pandemia. El filósofo Jean Luc Nancy advirtió durante 2020, o sea, antes de la vacunación masiva –subrayemos: nunca en la historia se dio un proceso simultáneo, apenas con desfases, de vacunación masiva y global como el de 2021–, que estaba lejos de ser homogénea la vivencia de la amenaza del Covid 19. Hubiera podido referir a las disparidades de nación, continente o clase, pero puso el peso en lo generacional. La situación que nos afectó hasta hace pocos meses, de la que vivimos aún sus remezones, no revistió la misma gravedad para los adultos mayores de 60 años que para los jóvenes o los niños. “Es esto mismo lo que hace a los aspectos más novedosos y complejos de esta pandemia, lo que engendra tensiones entre generaciones, entre partidarios de una u otra manera de protección” (entrevista en revista ñ, 5 de diciembre de 2020, “La palabra hombre se volvió extraña”) Sería engañoso pensar lo contrario abastecidos de casos que siempre existen para contradecir y finalmente imposibilitar cualquier reflexión que parezca “incorrecta”. Por lo tanto, esta ruptura que se vivió, aún cuando no haya sido amplificada por discursos, es otra forma de la acentuación de la ruptura generacional, de consecuencias todavía poco claras.

Sociedad de control y Antropoceno, en América Latina

Ampliamos nuevamente el plano para llegar al escrito que probablemente fue pionero en advertir estas mutaciones que no han hecho más que ahondarse. Poco después de la caída, que en verdad fue resultado de una embestida, del Muro de Berlín, en 1990, el filósofo Gilles **Deleuze** publicó un breve escrito que sigue dando mucho que hablar, *Posdata sobre las sociedades de control*. En él diagnosticaba que se estaba siendo contemporáneo de la crisis de los espacios de encierro, de las instituciones llamadas de secuestro o disciplinarias, esas que tomaban las “vidas” para darles forma duradera, entre la familia y la fábrica, pasando por la escuela y el hospital. Estas instituciones habían empezado a chocar con formas de subjetividad y con nuevas perspectivas del capital, hasta tornarse excesivamente estáticas, fijas, por lo tanto innecesarias. Ahora bien, esta crisis no significaba la emancipación de todo poder sino la recaída en uno nuevo, gaseoso, omnipresente, que no lleva de espacio cerrado a espacio cerrado, sino que procede a través de un único movimiento, de una gran espacialidad. Todo a distancia, remoto, y nada formado de una vez y para siempre, todo en proceso. No se es maestro de una vez para siempre, no alcanza con el título o la investidura, sino que hay que revalidarlo permanentemente, incluso cada vez que entramos al aula. Pero plantea una duda Deleuze, a propósito de la validez del mismo modelo explicativo que está desarrollando, que no es precisamente menor: “El hombre ya no es el hombre encerrado, sino el hombre endeudado. Es cierto que el capitalismo ha guardado como constante la extrema miseria de tres cuartas partes de la humanidad: demasiado pobres para la deuda, demasiado numerosos para el encierro: el control no sólo tendrá que enfrentarse con la disipación de las fronteras, sino también con las explosiones de villas miseria y guetos.” Esas tres cuartas partes de la humanidad implican más que nada a nuestros países, a América Latina, o a lo que también se conoce como el Sur global.

Algunas imágenes desde Argentina



Imagen 1

En el siguiente enlace pueden observar la obra “Exclusión”, del artista Pablo Suárez.

[Exclusión](#)

Imagen 2



SILENO EN LA ESTACIÓN DE FERROCARRIL

Acostado de lado, con un codo incómodo
apoyado en el cemento y la cabeza
tirada hacia atrás, duerme. Rodillas dobladas,
pies contra el culo, al aire la panza enorme,
boca abierta al cielo, chata nariz.
Esto es obra de dos o tres tetra-brik.
Si fuera de museo de mármol expuesto estaría
en un de Roma, Londres o París
como ejemplo de arte helenístico.
Y no le molestarían las moscas.

Sergio Raimondi, Poesía Civil. 2001

Por último, a propósito de otro tema que se volvió enormemente inquietante durante estos últimos dos años, el del llamado Antropoceno –es decir, el acuerdo ya muy extendido entre científicos de diversas disciplinas alrededor de que nuestra forma de vida, humana y/o capitalista, infotecnológica también, ha generado una huella sobre la tierra tal como si se tratara de una fuerza geológica y que pone en peligro nuestra vida en ella–, Viveiros de Castro y Deborah Danowski, aun reconociendo el enorme esfuerzo del gobierno de Lula para sacar a 30 millones de brasileños de la pobreza, criticaban que solo hayan podido encontrar el camino para hacerlo a través de la “aceleración de la devastación del Amazonia y del *Brasil Central*, con el fomento del agronegocio de exportación de commodities, la explotación minera y la construcción de gigantescas centrales hidroeléctricas para alimentar la industria extractivista.” Mucho para pensar y discutir trae una afirmación como esta. Por lo pronto, digamos que entre nosotros el mundo contemporáneo implica subjetividades capturadas o entramadas por dispositivos técnicos, en especial de comunicación, junto con una naturaleza cada vez más reducida y comprometida, más situaciones de pobreza e indigencia que implican a multitudes sociales.

En las próximas clases, tal como pueden verlo en el programa, continuaremos con estos temas pero ya enfocándonos en temas más precisos: el trabajo, el mundo y el futuro.

Actividad

Les proponemos volver sobre los siguientes materiales de la clase para elaborar un escrito breve en el que realicen una primera aproximación reflexiva a las problemáticas que abordaremos en el módulo:

- Mirar la película alemana Good Bye, Lenin! (2003) dirigida por Wolfgang Becker teniendo en cuenta lo que esta primera clase plantea acerca de **los fines tan estruendosamente declarados con la caída del muro de Berlín y los matices que esos diagnósticos fueron cobrando con el tiempo**. Y pensarlos en relación a la situación que en ese mismo momento se vivía en otras partes del mundo. Les proponemos **prestar especial atención al contexto local, a lo que estaba sucediendo en simultáneo en nuestro país** y en la región. Como sugerencia, para nutrir esta comparación, pueden explorar las tapas de algún diario argentino de cualquier día del año 1989 (por ejemplo, en esta página <https://tapas.clarin.com/>).
- Leer el texto de Gilles Deleuze “Posdata sobre las sociedades de control” que figura como bibliografía obligatoria **reconociendo las características con que el autor identifica a las llamadas sociedades disciplinarias y de control**.

Incluyendo estos aportes, y otros desarrollados en el texto central de la clase que consideren relevantes, **elaboren un escrito en el que reflexionen en torno a algunos de estos interrogantes iniciales:**

¿Cómo pensar nuestro tiempo? ¿Qué lo caracteriza? ¿En qué se diferencia de otras épocas? ¿Qué está finalizando y/o qué ha comenzado? ¿Cómo se lo describe? ¿Cuáles de estas transformaciones se expresan en la escuela? ¿De qué modo nos atraviesan y desafían en tanto docentes?

IMPORTANTE: Este escrito será retomado en el cierre del módulo como insumo para la producción del Trabajo Final.

Pautas de presentación

- Formato: Archivo Word nombrado como APELLIDO_A1Mundo
- Extensión sugerida: 400 palabras.

Criterios de evaluación:

- Presentación coherente y justificada de sus primeras aproximaciones a los problemas que plantea el módulo.
- Incluir de manera clara y explícita nociones o citas extraídas de los materiales de lectura y visionado de la clase.

Material de lectura

Deleuze, G. "Posdata a la sociedad de control". Disponible en

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2242769> Fecha de consulta: 20 de septiembre de 2022.

Bibliografía de referencia

Arendt, H. (1996) "La crisis en la educación" y "La crisis en la cultura: su significado político y social" en Entre el pasado y el futuro: Ocho ejercicios de reflexión política. Barcelona: Península.

Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Becker, W. (2004). *Good bye Lenin!: A film*. Montreal: Seville Pictures.

Crary, Jonathan. (2015). *24/7. El capitalismo tardío y el fin del sueño*. Buenos Aires: Paidós

Danowski. D y Vivieiros de Castro, E. (2019) *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra.

Deleuze, G. (1990). Posdata sobre las sociedades de control en *Conversaciones 1972-1990*, Valencia, España: Editorial Pre-Textos

Foster, Hal (2001). *El retorno de lo real. La vanguardia a finales de siglo*. Madrid: Akal.

Han, B. (2014). *En el enjambre*. Barcelona: Editorial Herder.

Halperin Donghi, T. (1994) *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel

Haraway, D. (2014). *Manifiesto para cyborgs. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo xx*. Mar del Plata: Puente Aéreo.

Hobsbawm, E. (1998) *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Jameson, Fredric (1995). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Moulián, T. (1997). “El paraíso del consumidor” en *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM-ARCIS

Nancy, JL. (2020) “La palabra hombre se volvió extraña”. Revista Ñ, 5 de diciembre de 2020..

Narodowski, M. (2013). Hacia un mundo sin adultos. Infancias híper y desrealizadas en la era de los derechos del niño. *Actualidades Pedagógicas*. doi:<https://doi.org/10.19052/ap.2686> Fecha de consulta: 19 de septiembre de 2022.

Postman, N. (2011) *The disappearance of childhood*. New York: Vintage.

Raimondi, Sergio. (2001). *Poesía civil*, Bahía Blanca: Vox.

Shepard, S. (2010). *El gran sueño americano*. Buenos Aires: La página.

Simons, M. y Masschelein, J. (2014). *En defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Créditos

Autor: Javier Trímboli

Cómo citar este texto:

Trímboli, Javier (2022). Clase Nro.1: La experiencia contemporánea El mundo contemporáneo y sus transformaciones: sociedad, escuelas y estudiantes. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0

Módulo 4: El mundo contemporáneo y sus transformaciones: sociedad, escuelas y estudiantes

Clase 2: Alrededor del trabajo, derivas de la subjetividad

Introducción

Las transformaciones que se vienen sucediendo en el mundo del trabajo, es decir, en relación con esa práctica que tan relevante es en nuestro cotidiano y que tanta influencia ejerce sobre nuestras conciencias, tienen una importancia mayúscula, imposible de disminuir o disimular. Por supuesto, no se trata de que el trabajo haya llegado a su final como se declaró, sino que mutó respecto de lo que había sido. Incluso drástica fue la mutación, dramática también. A quienes lo tenemos, se nos cuela por rendijas antes inimaginables. Lo sabemos bien como docentes: dejó de ser una rareza responder consultas de estudiantes los domingos por la noche, o por el celular desde el tren. Mucho más aún, claro, a partir de la pandemia. Luego, por supuesto, están quienes con desesperación intentan remediar la falta de trabajo, su intermitencia y precarización; y unos podemos ser los otros según la temporada. O lo somos a través de nuestros hijos/as o alumnos/as que, con más o menos entendimiento, cargan con este peso, ya sea por lo que sus mayores experimentan como por lo que alcanzan a entrever para su futuro. Con un abanico de grises en el medio, la figura que compone el trabajo es otra que la que conocieron nuestros padres o abuelos.

En esta clase pretendemos ubicarnos y pensar la intersección entre la situación contemporánea del trabajo y sus efectos en la conciencia, en las subjetividades o, como también se ha dicho, en el “carácter”. Y nos permitiremos, porque lo consideramos imprescindible, tomar perspectiva desde la historia.

El trabajo como condición de lo humano

Ingentes esfuerzos se invirtieron para que el “animal humano” aceptara que el atributo que lo define como tal, que precisamente lo humaniza, es su inclinación hacia el trabajo, inclinación en la que se combinarían predisposición y capacidad. Incluyeron esos esfuerzos renovadas catequizaciones,

campañas militares, encierros y disciplinamientos. También mucho pensamiento, a la par que educación. Todo un arsenal desplegado durante siglos, entre el XVI y el XIX, o sea, desde el “descubrimiento”—o la invasión— europea de América hasta que otras “formas de vida”, las de los pueblos precolombinos así como, entre nosotros, las de los gauchos, fueron arrinconadas, desplazadas, suprimidas. “Formas de vida” en las que sin dudas el trabajo ocupaba un lugar, pero que no era el principal, que no se llevaba ni doce, ni diez ni ocho horas del día. Muy lejos de cualquier supuesta naturaleza, sino como resultado de un forzamiento que se aceleró con las necesidades de mano de obra de la Revolución Industrial. Al mismo tiempo, los inmigrantes que llegaron a América no fueron, como se pretendió, los europeos más y mejor adaptados al sistema productivo capitalista; sabemos que se soñó con ingleses, franceses y alemanes, tanto mejor si eran protestantes. Llegaron más que nada los que ese sistema productivo, ya sea por su dinámica propiamente económica o por resultantes políticas, expulsaba. Inmigrantes pobres del sur de Italia o de España, cuando no de Turquía, Siria o el este europeo. Luego de que resistieran mutuamente con los criollos sobrevivientes a veces con mucho de indio —cosa que se puede leer en *Martín Fierro*—, en la experiencia que los unía del trabajo, que era dura, difícil, llena de asperezas, fueron encontrando un mismo lenguaje.



Recomendamos la lectura de la obra de teatro de Armando Discépolo, *Babilonia*. *Una hora entre criados*. Es de 1925 y ocurre por entero en una cocina de una mansión en Buenos Aires, entre “los de abajo” se dice un par de veces, que han llegado desde distintos puntos de Europa y desde las provincias. Aún no llegan a constituir un pueblo, pues las diferencias están muy por delante de una voluntad que se manifieste unida. Pero a su vez están en tensión con los de “arriba” que también son inmigrantes que han hecho fortuna y esconden sus orígenes. Las promesas de una Argentina económicamente pujante siguen vivas aunque empiezan a chocar con límites muy concretos.

El trabajo en los treinta años gloriosos

Salvo en coyunturas de crisis como la de 1930, trabajo en ese entonces no escaseaba, pero, eso sí, las condiciones en que ocurría lindaban con la superexplotación. Faltaban leyes y las que ya se habían



aprobado pocas veces se cumplían. Se hablaba eventualmente de “derechos” pero estaban muy lejos de ser reconocidos. Esto fue así hasta que el poder del número y de la organización llegó a atemorizar a las clases dominantes que, también de acuerdo con las necesidades de la reproducción del capital, dieron lugar –aquí y allá– a una transformación sustancial de la relación entre el Estado y los trabajadores. Su resultante fue el Estado de Bienestar. La condición trabajadora, asumida y hecha carne individual y colectivamente, le otorgó una nueva identidad a las clases populares y, con ella, una inédita confianza. Aportamos una pequeña escena que nos llega del libro *Doña María* del historiador Daniel James: recuerda María Roldán, trabajadora de Berisso y dirigente del Partido Laborista, que el 17 de octubre de 1945, mientras una muchedumbre clamaba y esperaba a Perón en la Plaza de Mayo, mantuvo este diálogo con el presidente Farrell. “¿Quién es usted, señora?”. ‘Yo soy una mujer que corto carne con una cuchilla así, más grande que yo, del frigorífico Swift.’ ‘Pero, ¿quién es?’ ‘Me llamo María Roldán.’” A la pregunta por la identidad –la mujer en cuestión está a punto de dirigirse con sus palabras a la multitud y el general que es Farrell quiere saber quién protagonizará ese hecho que bordea el escándalo–, responde con una acción laboral y con el señalamiento de un instrumento de trabajo. Intimidante, se define por el trabajo y se nota que está repleta de buen orgullo. Solo después vendrá el nombre y el apellido, lo que indica el documento de identidad, lo “personal”.

Para Eric Hobsbawm los años de plena vigencia del Estado de Bienestar, que van del final de la Segunda Guerra Mundial –o sea, son coincidentes en nuestras latitudes con la irrupción del peronismo– hasta mediados de la década del setenta, constituyen la “edad de oro del capitalismo”. Hay algún viso de ironía en esta caracterización, quizás porque el libro de Hobsbawm es de 1994, cuando se reveló que esa “edad” fue fugaz, pero el contraste con lo que la sucedió hace que se mantenga en pie. Se le viene prestando mucha atención a ese momento para pensar, en contrapunto, el mundo contemporáneo. En uno de los libros principales al respecto y al que de manera indirecta ya hacíamos referencia, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, el sociólogo Richard Sennett traza la biografía laboral de un hombre al que llama Enrico, que transcurre durante esos años, los de la estabilidad del “largo plazo”, del trabajo como continuidad y “carrera”, de una vivencia del tiempo que no se le escapaba de las manos al trabajador. La coloca en oposición a la de su hijo, Rico, cuya experiencia laboral tiene lugar en los años ochenta y noventa del siglo pasado.



Les proponemos que lean la introducción del libro *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, y su primer capítulo titulado este libro, “[A la deriva](#)”, donde estas dos biografías laborales se entrecruzan. Presten especial atención a las “consecuencias personales” de un modo y otro de trabajo: ¿Cómo se definen/caracterizan la subjetividad en cada caso? ¿Es posible reconocer rasgos de estos modelos en nuestras propias biografías laborales “o en las biografías laborales de nuestros parientes mayores”?

Casi al mismo tiempo, porque *La corrosión del carácter* es de 1998 y *Modernidad Líquida* de 2000, el también sociólogo Zygmunt Bauman, en el capítulo “Trabajo” de ese libro, entiende a la coyuntura que duró tres décadas –del ‘45 al ‘75– como el punto más alto de la “modernidad sólida” o del “capitalismo pesado”, en tanto sellaba “el compromiso mutuo” entre los trabajadores pero, sobre todo, entre el capital y el trabajo. Saben que se necesitan y por eso negocian y llegan a acuerdos, surcando y superando los conflictos. Vale añadir que fue el momento de mayor vigencia y potencia de las escuelas técnicas. Ambos textos desarrollan esta perspectiva desde un mundo que ya es muy parecido al nuestro, aunque queda para evaluar cuánto las desigualdades globales ponen en entredicho que hayamos compartido por igual y por entero, desde aquí en la Argentina y en nuestra América, ese mundo que por momentos añoran y parece un paraíso del que se ha caído. La mirada de Sennett, y a veces la nuestra también, está transida de melancolía por lo que se perdió, sobre todo cuando nos situamos frente al ya no tan nuevo paisaje laboral y social. En un libro de 2006 –*La cultura del nuevo capitalismo*–, Sennett describe sucintamente, con una imagen, la escena contemporánea afectada por la mutación del trabajo: “La fragmentación de las grandes instituciones ha dejado en estado fragmentario la vida de mucha gente: los lugares en los que trabajan se asemejan más a estaciones de ferrocarril que a pueblos, la vida familiar ha quedado perturbada por la exigencias del trabajo, y la migración se ha convertido en el ícono de la era global, con más movimiento que asentamiento.” A lo que nosotros podríamos sumar la obsesión por reciclar las viejas estaciones de tren; o los pueblos que con menguante actividad productiva se vuelven fantasmas. Concluye este sociólogo que “si uno tiene disposición a la nostalgia –¿y qué espíritu sensible no la tiene?–, solo encontrará en esta situación una razón más para lamentarse.” Se entiende esta mirada desde nuestra

relación actual con el trabajo –fragmentaria, a corto plazo, inestable, precaria, etc.–, incluso porque es válida desde nuestra experiencia argentina y latinoamericana.

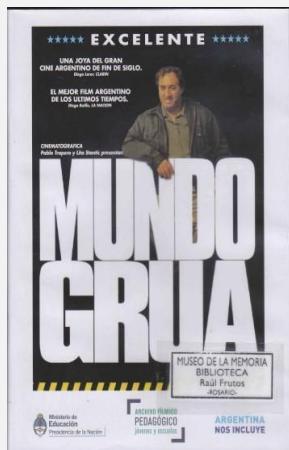


Invitamos a ver el docudrama de 1949/50 [Recuerdos de una obrera](#). La historiadora Clara Kryger, en su libro *Cine y propaganda*, publicado en 2022, llama la atención sobre este, al que reconoce como docudrama por la mezcla de escenas documentales con otras de ficción que componen una narración. Durante mucho tiempo estuvo postergado, recién en 2021 el Archivo General de la Nación lo puso en circulación. No se sabe con precisión el año de grabación y tampoco quién fue su director. Por otra parte, es muy inusual para ese entonces, y no solo para nuestro país, que el relato sea el de una mujer obrera, precedida por una voz en *off* que parece expresar el marco que le proporciona el Estado.

Triunfo y crisis del capitalismo

Al calor de los derechos y las protecciones sociales que como nunca antes rigieron durante los años de vigencia del Estado de Bienestar, a la par de la participación cada vez más importante de los trabajadores en el PBI de las economías nacionales, se supuso que se estaba cerca de encontrar la solución definitiva para que nunca más el trabajo se viviera, o más sencillamente fuera, una pesadilla; para que se convirtiera en un aliado seguro de la humanidad redimida. Había señales que tornaban verosímil la suposición que hoy calificaríamos de utópica, pues se acarició esa ocasión liberadora de la alienación y de la explotación. “La definición del hombre como un ser que trabaja debe cambiarse por la del hombre como un ser que desea”, escribía el poeta mexicano Octavio Paz, en un ensayo vecino a las insurrecciones estudiantiles y populares del año 1968, que se dispararon en cantidad de ciudades del mundo, y que en la Argentina se continuaron en 1969 con una marca fuertemente obrera cuyo pico fue Cordobazo. Resuelto el trabajo, garantizado como una realidad inalienable y bajo control de las leyes y los derechos, era hora de darle lugar al deseo, palabra que irrumpió con fuerza en esa coyuntura. El deseo corría parejo con la libertad, con una vida más plena e intensa, a la vez que buscaba derretir los barrotes de la “jaula de hierro”, reducir la cantidad de horas frente a la máquina, ganar tiempo para una vida que también le abriera paso al ocio creativo. Ahora bien,

pisando esa coyuntura y aplastando ese horizonte tan prometedor, la experiencia del trabajo empezó a resquebrajarse. Al ritmo de la crisis económica de mediados de los años setenta, disparada por el aumento del precio del petróleo y que suele entenderse como síntoma del agotamiento del régimen de producción fordista, el de la “era del compromiso mutuo”, cundieron los despidos y el redisciplinamiento. Subrayemos que esto fue prácticamente coincidente en nuestra historia con el golpe militar de 1976 que pretendió clausurar toda una época. Incluso que la dictadura de Pinochet que se inicia en Chile con el golpe de Estado contra el gobierno de Salvador Allende se la cataloga en las ciencias sociales como el experimento de vanguardia en la redefinición de las relaciones laborales.



Sugerimos el visionado de la película *Mundo grúa* (1999), ópera prima del director argentino Pablo Trapero. En un registro que se acerca al documental, acompañamos al protagonista en un desencantador periplo en busca de una oportunidad laboral como operario de una máquina que no alcanza a dominar. En palabras de Trapero: “La película se llama *Mundo grúa* porque, más allá del hecho concreto de que el protagonista maneja una grúa, el título suena a cuelgue, y el Rulo está como medio colgado en el mundo.”

Les proponemos detenerse en las transformaciones del mundo del trabajo que se retratan en este film y ponerlos en relación con las condiciones que se promueven en el docudrama “Recuerdos de una obrera”: ¿es posible trazar similitudes y diferencias entre ambas obras con el momento actual?

Echemos otra luz: Hannah Arendt en *La condición humana* advertía sobre “el advenimiento de la automatización, que probablemente en pocas décadas vaciará las fábricas y liberará a la humanidad de su más antigua y natural carga, la del trabajo y la servidumbre a la necesidad.” Corría el año 1958 y la introducción del libro está dedicada a sopesar los significados que bullían en el hecho descomunal de los primeros satélites lanzados al espacio. Ambas cuestiones aún parecían presagiar la realización de la “utopía”, pues al romper ataduras señalaban la posibilidad de una emancipación sin límites.

Arendt, sin embargo, veía a las dos cosas con otros ojos. “Nos enfrentamos con la perspectiva de una sociedad de trabajadores sin trabajo, es decir, sin la única actividad que les queda. Está claro que nada podría ser peor.” Lo que siguió a la crisis de mediados de los setenta fue una nueva inyección de capital y tecnología en el proceso productivo que permitió ahorrar en mano de obra y, de paso, desarticular lo que los trabajadores habían aprendido desde que se los había emplazado en esa posición. A moverse por la topeta, diríamos con Deleuze y su *Posdata sobre las sociedades de control* - una de nuestras primeras lecturas en estas clases-, a no dejarse atenazar por el trabajo y los espacios de encierro. Una posición, la trabajadora, fue desplazada, herida por las transformaciones en el proceso productivo y en la legislación. La aparición masiva y sostenida, ya no momentánea, de trabajadores altamente precarizados o desocupados, puso otro elemento fundamental del paisaje social transformado.

Informática, robotización y “disminución de costos”. La desesperación cundió y hubo cantidad de luchas con ánimo de resistencia que las más de las veces fueron doblegadas. Los mineros ingleses, por ejemplo, quisieron impedir a mediados de los años ochenta que cerraran las minas, sus fuentes de trabajo. Del otro lado tenían a Margaret Thatcher, la “dama de Hierro”, que era muy bien conocida en nuestro país. “Se refería a los mineros como el ‘enemigo interno’, con el mismo lenguaje con que había hablado poco antes del enemigo exterior durante la guerra de las Malvinas.” (*Historia mínima del neoliberalismo*, Fernando Escalante Gonzalbo) Con mucha menos repercusión, en Bolivia ocurrió algo muy similar en 1986, cuando cerró la COMIBOL –el ente que administraba las minas del Estado, creado en 1952– y, por lo tanto, perdió articulación el proletariado minero, principal protagonista de la historia popular de ese país en el siglo XX. Quien luego sería vicepresidente de ese país hermano, nos referimos a Álvaro García Linera, ha escrito sobre esa dramática situación y propone que esa experiencia de trabajo fue lo más moderno que conoció Bolivia y proveyó de una identidad colectiva poderosísima a quienes se hundían en los socavones. El mandato de la época señaló que había que aceptar la “flexibilización”, palabra que se puso tan de moda como, más cerca en el tiempo, el elogio del “emprendedurismo”. Quizás suene a simplificación, pero ambas expresiones parecen animadas tácitamente por el “sálvese quien pueda y cómo pueda”. Fue así que arremetieron las acusaciones de una parte de la sociedad –la que tiene trabajo y está integrada a través del consumo, pero a veces también la que apenas conoce el trabajo informal y mal remunerado–, sobre la otra, achacándole indolencia, cuando no vagancia.



Lo cierto es que ni en América Latina, ni tampoco en Europa y los Estados Unidos, hay trabajo tal como se lo había conocido, para el conjunto de la población. Pero tampoco del nuevo: aun si dejáramos de lado todos los cuestionamientos que nos merece la precarización que suele imperar en los servicios de delivery, aun si decidíramos amigarnos con lo que producen los youtubers, es evidente que ni una ni otra alternativa –tampoco las dos juntas– se acercan siquiera a solucionar este enorme problema. Hoy vivimos en relación con el trabajo una ya conocida zozobra y en parte –sólo en parte– nos acostumbramos a tratar cotidianamente con ella. Se suponía que era pisar sobre seguro, porque incluso el capitalismo iba a precisar del pleno empleo, también porque nos habíamos convencido de que el trabajo le daba forma y estatuto a nuestra personalidad. Desde hace un tiempo que es arena movediza. En diálogo con la clase anterior, digamos que el mundo contemporáneo encuentra uno de sus perfiles en relación con este fin, el del trabajo “sólido” o entendido como compromiso asumido y con garantías de una vez y para siempre. Al mismo tiempo, de este lado del umbral, percibimos que el trabajo subsiste, pero escasea y deja a muchas y muchos afuera; está omnipresente o aparece y se va. Si incluimos el deterioro de los salarios, fenómeno que sólo se interrumpió luego de la crisis de comienzos de siglo XXI, la del 2001, el cuadro se hace aún más inquietante. Siempre en riesgo, constituye una de las más relevantes incertidumbres que acechan. Por lo tanto, “la edad de oro del capitalismo” –o los “treinta gloriosos años– y el Estado de Bienestar se vuelven quizás más presente que nunca, porque se han ausentado. Nuestra época ronda este vacío.

Nos preguntamos por las figuras que suceden al trabajador en la centralidad que supo ocupar en el escenario social. Como habrán podido ver, en el análisis comparativo de Sennett el hijo de Enrico, un abnegado trabajador sindicalizado, asciende socialmente, gracias a los beneficios y esfuerzos de sus padres estudia en la universidad y pasa a codearse con las clases acomodadas. Pero, así y todo, la insatisfacción con la nueva situación está a la orden del día. Cambia de trabajo –de casa y de ciudad en la que vive– muy frecuentemente, apenas tiene tiempo para estar con sus hijos que prácticamente no cuentan con su presencia. Pero el motivo principal de padecimiento parece ser que no puede hacer de su experiencia una fuente de legitimidad ante ellos, nada puede emanar como sabiduría aprendida que se transmite de generación en generación porque lo único constante ha sido el cambio, el no haber echado raíces, un compromiso siempre leve con cada empresa en la que trabajó. Ni siquiera la traición es la figura que cataloga su comportamiento, es algo menor. Bauman alude a



esta situación ironizando con la imagen de lo que era el vínculo amoroso que llegaba a definirse por siempre, mientras que el mundo contemporáneo ante todo conoce relaciones que se asumen desde sus inicios como momentáneas. Sin exacerbación de celos, sin dramas amorosos. Mencionamos el planteo de Sennett porque es muy útil, pero en la Argentina el trastocamiento último en el mundo laboral no produjo ascenso social, más bien todo lo contrario. Es decir, el malestar o incluso el dolor de Rico existe, pero no ya con el aliciente de una vida más holgada y confortable económicamente, sino al revés. Por lo menos no es esta la resultante principal.

Volviendo ahora sí a la pregunta, en primer lugar, deberíamos decir que la relación con el trabajo se ha vuelto tan variada y fragmentada que estalló la relativa homogeneidad que brindaba esa experiencia fundamentalmente para las clases populares. El sociólogo Juan Villarreal propone, con muchos cuadros y números, que la sociedad argentina previa a la dictadura que se inicia en 1976 era una sociedad “altamente homogénea por abajo” y “altamente heterogénea por arriba”. La condición primera estaba dada por la relevancia de la clase trabajadora industrial, cosa que diferenciaba su estructura económica y social de los restantes países de América Latina. El exitoso proceso de sustitución de importaciones, así como los distintos apuntalamientos a políticas de carácter desarrollista, le habían dado esta presencia a la clase obrera industrial, lo que permite entender el peso histórico de gremios como la UOM –de trabajadores metalúrgicos– o de SMATA –de trabajadores mecánicos de empresas automotoras–, que a la vez forjaron la identidad del primer peronismo. La política de “desindustrialización” de la dictadura y la primacía que adquirió el capital financiero no perseguía tan solo ni principalmente objetivos económicos, sino que tenía el propósito de incidir transformando, astillando esa “homogeneidad por abajo”. Al mismo tiempo, logró un nivel de unidad “por arriba”, de entrecruzamiento y fusión de intereses, inédito. El escrito de Juan Villarreal titulado “Los hilos sociales del poder” es de 1985, cuando apenas se percibía la magnitud de esta transformación. Destacada de la nueva heterogeneidad propiciada con éxito por la dictadura a los “cuentapropistas”, una fractura en la experiencia trabajadora, un repliegue sobre lo individual.

Consumo y endeudamiento

Con ánimo de acercarnos a un modelo, o de continuar con él, se podría argüir que una de esas figuras quizás central, que sucede o eclipsa a la del trabajador, es la del consumidor. Sin dudas es necesario

el modelo, reviste utilidad ejercitarse con él ya que ayuda a cartografiar y le da algo de legibilidad a lo que está presente, ahora, de este lado de la línea de transformaciones que, además, no se detienen. De este lado del umbral, como si se tratara de lo que llegó para quedarse al menos por un rato. Apelamos nuevamente a Zygmunt Bauman: algunas ideas planteadas al respecto en *Modernidad líquida*, un par de años antes las había plasmado en *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, en especial en el capítulo que lleva por título “De la ética del trabajo a la estética del consumo”. La nueva época, el nuevo pliegue del capitalismo, ya no habilita ni celebra al trabajador que encarna esa ética que Max Weber célebremente ligó con el protestantismo, ética que postergaba el instante placentero del consumo, la momentánea satisfacción, en pos del ahorro y del progreso, que aceptaba la dedicación continua a una misma labor, que incluso valoraba la rutina con sus saberes y disciplinas. La consumación de la actividad laboral pasó a ser la práctica del consumo que, expandida, se constituye como una experiencia estética en puro presente.

En sintonía con este planteo, el también sociólogo y político chileno Tomás Moulián deja en claro que en el Chile que nace de la larga dictadura de Pinochet –brutal corte en su historia que no duda en catalogar como una revolución tan regresiva como modernizadora– el desplazamiento en cuestión, del trabajo al consumo, acentúa cuál es la práctica que, en un presente gris, sin un horizonte abierto de expectativas, permite alcanzar algún grado de satisfacción e identidad. El libro se llama *Chile actual: anatomía de un mito*, es de 1997 y de inmediato después del levantamiento de octubre de 2019 fue subrayado como uno de los libros críticos fundamentales respecto de la dictadura, así como de los gobiernos postdictatoriales que, Constitución de 1980 mediante, la sucedieron. La derrota política de los trabajadores con el golpe del '73 que derriba al gobierno socialista de Allende, seguida de la transformación del mundo laboral vía flexibilización y altas tasas de desempleo, implicó la fragmentación y la dispersión de los procesos productivos, cosa que supuso la reducción drástica del poder de los sindicatos. El conjunto de este proceso hace disminuir sensiblemente la posibilidad de que alrededor de la experiencia del trabajo se construya, para decirlo de nuevo con Sennett, carácter. O que la subjetividad salga vigorosa de ese trance.

Moulián sostiene que el mecanismo fundamental que permite el encumbramiento del consumo –en tanto consumismo– es la deuda. En un trabajo apenas posterior, *El consumo me consume*, define al consumismo como una práctica que es tal porque excede al mecanismo de retribución salarial clásico, que obliga al endeudamiento. Los consumos que con anterioridad estaban

garantizados por pautas salariales que el Estado fijaba y legislaba –incluso tomando partido a la hora de establecerlas–, en la nueva circunstancia conllevan al endeudamiento. Con los ojos de hoy, eran consumos básicos, sencillos, previos a la explosión que los ha expandido y diversificado y que los hace ocupar, como se suele decir, las 24 horas de todos los días. Pero en el caso chileno, la magnitud que adquirió la readecuación del Estado a las coordenadas del neoliberalismo condujo, por ejemplo, a un proceso violento de privatización de la educación, que brinda ese “servicio” solo a aquellos que pueden pagarla, lo que constituyó una de las razones centrales del endeudamiento de la población. A la par, se multiplicaron las ofertas de tarjetas de crédito, tarjetas de consumo en grandes tiendas y préstamos de todo tipo. Para Moulián se trata del surgimiento del ciudadano *credit card*. “Paraíso del consumidor” es el título del capítulo que en especial nos interesa. El shopping es el nuevo templo que, además, fortalece la ficción de la igualdad que se practica en el “paseo de compras”. Y ante la ausencia de otras gratificaciones, de otros “cielos”, es incuestionable que convenza el que ofrece el consumo. Si el trabajo ya no promete ni deja atisbar ningún paraíso, el consumo toma la posta e incluso lo realiza a través de gratificaciones que, inevitablemente, tienen una duración acotada. El caso chileno se lleva así muy bien con la propuesta de Deleuze, el “hombre encerrado” reemplazado por el “hombre endeudado”. O conviviendo. Exitoso como pocos países en América Latina en la aplicación del neoliberalismo, se aleja Chile de la fórmula de tanta riqueza del escrito de Deleuze, que advierte que la pobreza reinante en buena parte del mundo impide el funcionamiento de la deuda y del control. No obstante, quizás sea su posición latinoamericana lo que permite que Moulian subraye notablemente que el gran problema es el de la desafiliación social. Se pregunta cómo sigue habiendo sociedad cuando el Estado abandona a manos del mercado la regulación de la vida; y la respuesta es a través de la deuda y del consumo. Es decir, más injusta, pero es una sociedad.

En lo que hace a la cuestión de la identidad, citamos el escrito de Maristella Svampa que forma parte de la bibliografía no obligatoria –“Identidades astilladas”–, que nace de una investigación de campo realizada en la segunda mitad de la década de los noventa y que plantea la situación de distintas generaciones de obreros que trabajan en una fábrica metalúrgica. Deja ver de qué manera la generación más joven de trabajadores, aunque comparta las condiciones de vida y explotación con sus mayores, construye su identidad mucho más en relación con la música que con la experiencia laboral. La música, además –o superponiendo significados–, es el heavy metal, el rock pesado. Esto no quiere decir que no activen gremialmente, que no reclamen, que no se sumen a la lucha, pero lo

hacen de una manera distinta, más episódica y discontinua, con distancia desconfiada del sindicato, así como del texto político de mayor aliento. En estallidos. Se podría decir, en este caso, que el “consumo cultural” –el de la música heavy- es el alimento de una identidad. Pero por todo lo que confluye en la situación de los trabajadores de las generaciones más jóvenes, este estudio de Svampa logra, cosa que habla muy bien de él, producir cierta insatisfacción ante lo que nombraríamos tan solo como consumo. Se impone entonces la impresión de que el nombre “consumidor” es demasiado limitado, demasiado vago y generalizador, para definir o al menos rozar el sentido de vidas que, también es cierto, ya no se miran a sí mismas como fundamental ni únicamente trabajadoras. Con el nombre trabajador era mucho lo que quedaba abarcado, incluso una proyección política que, sin ser lineal, enfilaba hacia un cuadrante. Un hombre o una mujer se podían definir, presentar a sí mismos como trabajadores. En su reverso, no podría pasar lo mismo con el nombre “consumidor”. Hay un malestar en el nombre que se revela insuficiente. No obstante, y entendemos que esto es fundamental, no hay comparación posible entre lo que produce por un lado el trabajo como identidad y por otro el consumo. Imposible que de esta nueva práctica tan visibilizada y celebrada surja una figura que entre otras cosas pueda proponer una forma de vida superadora para el conjunto social.

Nuevos pobres

La otra figura que sintética y también modélicamente tendríamos que mencionar es la del pobre. Está a punto de despuntar esta palabra en algunos de los textos que más nos interesan sobre el tema al que nos venimos abocando, pero notablemente se lo prefiere evitar. Imposible no ver una decisión teórica y política al respecto. Antes de explicitar el propósito de esta decisión, digamos que, así como en el análisis de Moulián, muy atento a Chile, el acento está puesto en la deuda y en el consumo, en un análisis como el de Denis Merklen en *Pobres ciudadanos* (2006), atenido a lo ocurrido en la Argentina, con la descomposición de la sociedad salarial en los años noventa y la retirada del Estado incluso de la ayuda social, se destaca que lo que se produjo fue un “proceso de empobrecimiento y de desafiliación masivo”. La destrucción de buena parte del aparato productivo y la redisposición de otra parte vía automatización, produjo desocupación en masa, es decir, el trabajador pasó a ser un desocupado, y sólo para sectores de la clase media funcionó el endeudamiento que la hizo engrosar las filas del consumismo. Ante semejante abandono y desestructuración, el repliegue a las formas

que ofrecía el barrio fue una de las estrategias de supervivencia de las clases populares. Y a partir de 1996 desde esa posición se inició un proceso de movilización social que añadía una nueva táctica al repertorio de luchas de las clases populares, el piquete. Esto llevó al punto más alto en los años que rodearon bien de cerca al 2001. Se trató, al decir de Merklen, de demandas por trabajo que, se sabía, se encauzaban alrededor de la ayuda social. Se sabía porque la generación de trabajo asalariado, si es que tal cosa puede ocurrir, no es algo que se invente por un par de medidas. Y las condiciones de abandono, pobreza y precarización precisaban de respuestas inmediatas. Sin dudas esto era nuevo, en su magnitud, pero había situaciones en nuestro pasado que permitían trazar que nuestra historia nunca había estado libre de la intemperie; o protegida por completo de ella. Pensemos, sino, en lo que quedó expresado en la serie de Juanito Laguna, creada por el artista plástico Antonio Berni entre finales de los años cincuenta y comienzo de los sesenta, para tener una pregnante presencia en nuestra imaginación cultural. O sea: la figura del pibe pobre, desasistido, que se inscribió más potente en nuestra sensibilidad, procede de los “treinta años gloriosos”, del momento de vigencia del Estado de Bienestar.

Ahora sí, el malestar con este otro nombre, con la palabra “pobre”. Un capítulo de su libro Merklen lo titula “Una alquimia al revés o cómo convertir trabajadores en pobres”, porque dejar de nombrar trabajadores –o trabajadores desocupados como decidieron hacerlo los movimientos que los nuclearon sobre todo entre fines de los noventa y principios de los 2000, los MTD– fue una potentísima operación de sentido, de política de la más vasta. La primera vez que salta a las grandes estadísticas es en 1980 cuando el INDEC construye un “Mapa de la pobreza”. Así, mientras el terrorismo de Estado se había ensañado con la clase trabajadora y obstaculizaba la agremiación y el funcionamiento de los sindicatos, la “pobreza” -como un fenómeno casi natural, neutro, un mal que sucedió-, pasa a estar en el listado de los temas que se quieren atender en busca de una solución. Esto, dice Merklen, muy en relación con los organismos internacionales que también en esa coyuntura de contundente reformulación del capitalismo, colocan a la pobreza entre sus prioridades a combatir. De repente, los trabajadores –en vías de una mayor precarización, flexibilización, sino del desempleo– son compelidos a “descubrirse” como pobres. Que es casi lo mismo que hacerlos declinar de su condición de sujetos. De este modo, en 2000, el Banco Mundial enunciaba que “nuestro sueño es un mundo libre de pobreza”.

Las clases populares, desasistidas, al borde de la desafiliación social, pasan a comportarse con las tácticas del “cazador”: esta es otra hipótesis de Denise Merklen. Mientras que el trabajador es sedentario, una y otra vez recorre el mismo surco; carente de trabajo, el desocupado o precarizado está al acecho, a la caza de oportunidades. La coyuntura del 2001 puso de relieve una situación en la que la supervivencia, de una o de otra forma, obligaba a trabajar con restos, con sobras, que no son sólo materiales sino también simbólicas, ideológicas y políticas. Cosa que aún hoy nos define.



Sueño y reparación

Como ciertos motores de nafta, el operario
se alimenta de sopa, una porción de papas
hervidas, un sangúche de milanesa y dos
frutas que pueden ser naranjas o manzanas.

Todo esto sobre una bandeja de telgopor
envuelto en nylon. Además un vaso plástico
y una serie de jarras con jugo o agua
en forma regular dispersas sobre la mesa.

Si bien el menú no se repite en forma exacta
día a día, semana a semana, mes a mes,
ciertas vitaminas dominan la composición.

El paladar de cada uno de los comensales
se adapta a un sistema de sabores y pesos
que varía según el grado de importancia
de la empresa y la calidad de la licitación.

Quienes se dedican a proveer las raciones

saben sin duda que no conviene generar
somnolencia (usualmente modorra o fiaca),
aunque es posible que un sueño limitado
de entre veinte o treinta minutos, la cabeza
caída sobre el respaldar, sueltos los brazos
a ambos lados de la silla, permita renovar
las fuerzas del cuerpo con un plus de eficacia.

Con una pala en la mano a punto de ser
hundida en el montón de tierra, el operario
se asemeja desde muy lejos a la máquina
que hace lo mismo aunque con rapidez
mayor y en mayor cantidad. El sol, la lluvia
y la acción constante también debilitan
el artefacto e imprimen marcas notables
no sólo en la carrocería sino en el sistema
de transmisión y aún en el motor mismo;
su siempre inminente vejez, sin embargo,
se mide menos por progresivas deficiencias
que por la aparición de un nuevo modelo
de funcionalidad más amplia y costo más bajo.

Sergio Raimondi, Poesía Civil. 2001



Todas estas transformaciones no pueden sino repercutir en las escuelas y en cada una de las aulas, donde la tarea es la transmisión de la cultura, es la educación, pero donde se expresa invariablemente la sociedad y sus crisis. Aunque nuestro trabajo, en su sentido estrictamente social y económico, siga siendo similar al de maestras y maestros en las décadas de los sesenta o setenta, la biografía laboral previa de cada una y uno de nosotros, incluso por nuestras situaciones familiares, ya es muy otra. Por supuesto, en lo que hace a nuestros chicos y chicas, a sus padres o a los adultos que los cuidan, sus conciencias –subjetividades o caracteres– mucho le deben a esta mutación mayúscula en el mundo del trabajo. De modo que los educadores nos encontramos ante la extrañeza de por un lado reconocernos, con guardapolvo blanco, con rituales y muchas veces también en los mismos edificios, que colegas que ejercieron esta profesión hace 60 ó 70 años, cuando el mundo era otro. Y, al mismo tiempo, nos sabemos rodeados por circunstancias que nada saben de seguridad, de estabilidad, de largo plazo. Nuestra propia subjetividad está situada en este tembladeral. Ya lo decíamos pero ahora le damos tono de pregunta: ¿de qué manera influye en quienes día a día nos ven y escuchan en el aula, cuando hacemos todo por transmitirles conocimientos y cultura, la realidad y el drama del trabajo? ¿En cuánto estas circunstancias los determina acrecentando el desafío que implica la educación? La pregunta apunta a mensurar, porque no hay duda que, aunque no lo perciban plenamente -cosa que también nos pasa a nosotros sumergidos en la vorágine cotidiana-, los influye y no poco. Puesto que el sostén del trabajo como pilar sólido de la existencia humana volvió inteligible y hasta deseable al futuro que nacería de sus redes, abrimos otra interrogación ya en relación con lo que abordaremos en la última clase: ¿cómo se entrelaza la vivencia de la precarización de laboral, de la falta del trabajo o incluso la del agobio que produce que se filtre por todos lados, con su proyección sobre el futuro, en qué medida no la condiciona obstaculizándola?



Actividad

Luego del desarrollo de esta clase les proponemos volver sobre la lectura de la introducción y el capítulo “A la deriva” del libro *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en*

el nuevo capitalismo, del sociólogo Richard Sennett. También tendrán que optar por realizar el visionado de la película “[Mundo Grúa](#)” o volver sobre el docudrama “[Recuerdos de una obrera](#)”.

A continuación, participen en el foro “Biografías laborales” que propone un intercambio al estilo de un juego de postas en el que cada publicación se entrelazará con la de otro/a colega. La idea es hacer avanzar la reflexión de modo colectivo proponiendo, a partir de nuestra experiencia, matices e interrogantes al planteo de Sennett.

Para dar inicio al juego su tutor/a compartirá una primera publicación proponiendo una relación entre alguna de las ideas que desarrolla Sennett y una de las piezas audiovisuales incluidas en la clase.

Quién intervenga a continuación deberá leer con atención el posteo previo y realizar un aporte significativo a la producción del/a colega para luego proponer a su vez una nueva reflexión que ponga en diálogo alguna cita extraída del texto de Sennett con las ideas que se desprenden de, al menos uno, de los videos.

Les acercamos un conjunto de preguntas que pueden orientarlos/as para pensar esa relación entre los planteos de Sennett y las distintas situaciones que retratan los videos:

¿Cómo se caracteriza el mundo del trabajo en estas obras cinematográficas? ¿Qué transformaciones nos permiten reconocer en el escenario laboral argentino? ¿Qué nos dicen las figuras de Rico y Enrico que retrata Sennett sobre esas transformaciones a nivel mundial? ¿Es posible trazar similitudes y diferencias con el momento actual? ¿Qué transformaciones reconocemos en el mundo del trabajo hoy y cómo irradian sobre la escena educativa?.



Para tener en cuenta:

- en su intervención, mencionen el nombre de la persona cuya publicación están comentando;
- identifiquen con claridad las citas que extraigan de Sennett entre comillas;
- extensión recomendada para la cita textual que incluyan: 50 palabras;

- extensión recomendada para la reflexión personal que elaboren: 200 palabras.

Material de lectura obligatorio

Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo bajo el nuevo capitalismo.* (Introducción y “A la deriva”) Barcelona: Anagrama. Disponible en <https://ruanorevuelta.files.wordpress.com/2016/11/sennet-r-la-corrosiocc81n-del-caracc81cter.pdf> Fecha de consulta: 20 de septiembre de 2022.

Referencias bibliográficas

Arendt, H. (2012) *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós.

Bauman, Z. (2000) *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2000) *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.

Deleuze, G. (1990). “Posdata a la sociedad de control”. Disponible en

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2242769> Fecha de consulta: 20 de septiembre de 2022.

Discépolo, A. Babilonia. Una hora entre criados. (1925)

Escalante Gonzalbo, F. (2015) *Historia mínima del neoliberalismo*. México: El Colegio de México.

Hobsbawm, E. (1998) *Historia del SXX*. Barcelona: Crítica.

James, D (2004) *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.

Kriger, C. (2021) *Cine y propaganda. Del orden conservador al peronismo*. Buenos Aires: Prometeo.

Merklen, D. (2006) *Pobres ciudadanos Las clases populares en la era democrática. (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Ed. Gorla.

Moulián, T. (1997). “El paraíso del consumidor” en *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago: LOM/Arcis

Paz, O. (1968). “Crítica de la pirámide” en *El laberinto de la soledad*, Madrid: Cátedra.

Raimondi, Sergio. (2001). *Poesía civil*, Bahía Blanca: Vox

Recuerdos de una obrera. Cortometraje de ficción política producida por el Servicio Internacional Cinematográfico Argentino a comienzos de la década de 1950. Archivo General de la Nación. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=OiHcgdRrP_Q Fecha de consulta 20 de septiembre de 2022.

Svampa, M. (2009) Identidades astilladas: De la patria metalúrgica al heavy metal” en: *Desde abajo: La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblios.

Sennet R. (2006) *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Sennett, R. (2000) *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo bajo el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Trapero, P. Mundo grúa (1999). Argentina.

Villarreal, J: (1985) “Los hilos sociales del poder”. En: *Crisis de la dictadura argentina: Política económica y cambio social 1976-1983*. Jozami, E; Paz, P; Villarreal, J. Buenos Aires: Siglo XXI.

Créditos

Autor: Javier Trimboli

Cómo citar este texto:

Trímboli, Javier (2022). Clase Nro.2: Alrededor del trabajo, derivas de la subjetividad. El mundo contemporáneo y sus transformaciones: sociedad, escuelas y estudiantes. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
[Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0](#)

Módulo 4: El mundo contemporáneo y sus transformaciones: sociedad, escuelas y estudiantes

Clase 3: La noción de mundo

Introducción

En esta tercera clase, vamos a hacer foco sobre una palabra muy usada, que repetimos en infinidad de conversaciones, de modo coloquial aunque casi siempre con tono grave, y que se encuentra en el título mismo de este seminario. Se trata de la palabra “mundo” a la que, desde ya, le otorgaremos un sentido mayor, otro espesor. O sentidos mayores, espesores, en plural. Teniendo en cuenta una de las dos perspectivas que desplegaremos, nos interesa especialmente este movimiento –de la palabra al concepto podríamos decir– porque consideramos, y no estamos solos en esto, que la cualidad más propia del trabajo docente, entonces, eso que en la primera clase denominamos con alguna prevención “su esencia”, solo se puede definir en relación con el “mundo”. Si en la clase anterior, al preguntarnos y pensar sobre la situación del trabajo en la época contemporánea, no temíamos englobar al trabajo docente bajo unos rasgos generales que involucran de una u otra manera al conjunto de la actividad laboral, en este otro momento, aunque no recarguemos todas las tintas en el punto, iremos sobre lo que le es más propio de él, lo que lo distingue. Que la tarea docente encuentre su mayor singularidad por la relación que traba con el “mundo”, por lo que hace con él, no impide, todo lo contrario, reconocer que la problemática del “mundo” ejerce una enorme influencia sobre el conjunto de la experiencia humana, desde siempre, pero más aún en un presente que ya es largo, que es de los extendidos en el tiempo.

Probablemente hayan adivinado pronto, y no por casualidad sino como resultado del desarrollo de esta Actualización, que cuando decíamos que “no estamos solos” a la hora de ligar la tarea del maestro y la maestra con el “mundo”, aludíamos a Hannah Arendt y, a través de ella, a pedagogos como Jan Masschelein, Maarten Simons y Philippe Meirieu. En efecto, en esta clase ocupará un lugar central la reflexión que esta pensadora fundamental del siglo XX ensaya sobre la cuestión del “mundo”: en términos generales y bien abarcativos, así como enlazada con la cualidad más propia del trabajo docente. Ahora bien, junto con la indagación y los problemas que Hanna Arendt nos propone –y que pueden ser fechados, de acuerdo con su enunciación primera, entre finales de la década de

los cincuenta y los primeros años sesenta–, le daremos lugar a otra tematización del “mundo”, una que lo aborda en tanto Tierra, o como una nueva e imprescindible vinculación con ella, que si bien en algunos aspectos ya estaba introducida por Arendt, pues latía en sus argumentos, solo en las últimas décadas, es decir, en estas primeras del siglo XXI, adquirió un peso muy propio. Esta otra aproximación se vincula directamente con las preocupaciones que hoy suelen nombrarse como “ecológicas” o “medioambientales”, con el cambio climático y el Antropoceno.

La crisis en la educación y el alejamiento del mundo

Pero empecemos con Arendt, con lo que propone esta mujer que había nacido en Alemania en 1906 pero que, como tanto intelectuales ante la llegada de Hitler al poder, había emigrado primeramente a Francia y luego, perseguida también allí, a los Estados Unidos. El primer ensayo que tendremos en cuenta se llama “La crisis en la educación” y fue publicado en el libro *Entre el pasado y el futuro*, en 1961. Digamos casi al pasar, como observación al margen, que a los nostálgicos de épocas sólidas, o de tiempos que gustamos imaginar libres de incertidumbres angustiantes, el mero título de este escrito nos recuerda que, por lo menos en algunos aspectos, hace mucho que transitamos tiempos convulsos. Con el correr de los años, este ensayo se convirtió en una aproximación fundamental a la situación contemporánea de la educación, tenida en mucha estima por pedagogas y pedagogos. Es luego de dejar planteados los principales síntomas de esta crisis que Arendt hace desembocar su argumento en la noción de “mundo”, pues justamente a través de ella intenta encontrar una solución o un reencauzamiento. Porque la crisis que diagnostica ha implicado la postergación del “mundo”, su ocultamiento. Aun cuando no lo parezca –no lo parece en su acepción más usual, la cotidiana–, se encuentra cada vez más lejos nuestro. Pero antes de ir a esta situación, que es de las definitorias para pensar la época, acerquémonos un poco más a lo que esta pensadora está entendiendo por “mundo”.

Contundente y sin huella de duda, Arendt afirma que “el objetivo de la escuela ha de ser enseñar cómo es el mundo y no instruirlos –se está refiriendo a las nuevas generaciones, a los nuevos y nuevas– en el arte de vivir.” Es el centro de gravedad, lo que le da sustancia a nuestra tarea en oposición a un “arte de vivir” que, al margen de cuál sea –uno u otro, con un acento así o así en lo religioso o en lo político–, la desvía. La educación no puede prescindir del “mundo”, de enseñarlo. Mientras que en lo que enuncia como “objetivo de la escuela” se percibe algo estable, incluso tendencialmente fuera de discusión, el “arte de vivir” nos sumerge en lo que no puede ser más que



subjetivo. Leemos en Arendt que la de “enseñar” es la acción más propia del maestro que lo que hace es recoger señas y a través de ellas “muestra” –o “enseña”– el “mundo”. Continúa la oración: “Como el mundo es viejo, siempre más viejo que ellos

–que las y los alumnos–, el aprendizaje se vuelve inevitablemente hacia el pasado, por mucho tiempo que se lleve del presente.” Es fundamental esta otra pista para desentrañar el significado que hace remolinear Arendt alrededor de “mundo”: aunque enseñar sea una práctica que se conjuga en presente, el “mundo” que mostramos y al que hacemos referencia es inevitablemente pasado para nuevos y nuevas, nada tiene que ver por lo tanto con lo actual, con el último grito de una moda o de un consumo, con el run run de la información. Es por definición viejo, antecede por muchísimo a nuestras alumnas y alumnos que, por ejemplo, al nacer se incorporaron a una lengua

–elemento fundamental del “mundo”– que hace siglos se desenvuelve cruzada por tensiones. Si ellos llegarán a hacerle novedosísimas incisiones, si incorporarán giros y expresiones de horneada muy reciente, todas cosas que ocurrirán y que no hay motivo para que despierten alarmas, a la escuela lo que le corresponde es enseñar esa construcción que carga con tantas capas de tiempo encima que es la lengua. Para que exista la chance de que sea renovada. Puede gustarnos más o menos, podemos juzgarla ácidamente por lo que expulsó o dejó afuera, por sus rigorismos, pero ha existido y existe, es parte del “mundo”, con sus reglas y su gramática, con sus cuestiones de sintaxis, con sus literaturas a cuesta. De este modo, en el tránsito que implica la escuela, los nuevos se incorporan a la vida pública, a la vida en común, que existe porque hay un “mundo”. Así al menos nos gustaría que fuera porque recordemos, y este es el problema, que nada se ha vuelto más dudoso que la existencia del “mundo” de esta forma definido, su existencia y la vitalidad de nuestra relación con él.

Acerca del origen



Una puntada más a partir de este ensayo de Arendt, una particularmente exigente y que funciona como remate del ensayo: “La educación es el punto en el que decidimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes, sería inevitable.” Exige porque nos pide una decisión, la de nada más y nada menos que amar al mundo. Solo si la tomamos podemos ser responsables ante él, cosa que sobre todo significa transmitirlo –eso es lo que hacemos los maestros en tanto tales con él–, mostrar sus piezas para que lleguen finalmente a los nuevos, para que lo conozcan y aprendan. Quizás en un futuro también lo amen, pero por el momento vale que, con las intervenciones que empiezan a imaginar y tramar sobre él, lo salven de la “ruina”. Volviendo al inicio de la clase: si el “mundo” fuera lo que ocurre aquí y allá e implica guerras, desigualdades económicas y sociales flagrantes, riquezas exorbitantes y pobrezas de viejo y de nuevo tipo –también pandemias y vacunas, posibilidades de confort inimaginables hace unas décadas junto con el derretimiento acelerado de los hielos polares–, sería muy difícil sino imposible de amar. El “mundo” es eso que ha sido creado por los humanos, que otorga sentidos a veces contradictorios pero que hacen habitable la tierra. Y esta es otra noción clave para Arendt que, además, a veces escribe con mayúscula inicial: Tierra. Citamos otro ensayo de *Entre el pasado y el futuro*, “La crisis en la cultura: su significado político y social”: “la vida humana en sí misma requiere un mundo, porque necesita un espacio sobre la tierra mientras dure su estancia en ella.” El “mundo” es así un hogar, un “hogar mundano”, que está hecho de cosas, de artefactos, de “objetos culturales”. Desde una mesa a una obra de arte; desde la geometría a los nombres de árboles y plantas que quedaron plasmados en esos objetos tan significativos del “mundo” que son los libros. *Facundo* de Sarmiento y –no “o”– *Martín Fierro*, la obra de Borges y la de Arlt, y la de Daniel Moyano. Y las músicas: Jaime Dávalos y también Charly García. La clave para que haya “mundo”, señala Arendt, estriba en que “la totalidad de las cosas fabricadas (...) pueda resistir el proceso consumidor de la vida de las personas que habitan en él y, de esa manera, sobrevivirlas.” Piensa en las catedrales que se construían a lo largo de decenios “para la mayor gloria de Dios”, que satisfacían una necesidad de la población, pero cuya “belleza” fue la condición que las hizo sobrevivir. Hay “mundo” porque hay una trama de “objetos culturales” que nos anteceden y que continuarán presentes cuando individualmente ya no estemos en la tierra. Poco importa que no acordemos con esas piezas o discrepemos con algunas de sus vetas; la posibilidad de la renovación del “mundo” depende de que los nuevos den con él, que no lo ignoren ni sean indiferentes, que no lo abandonen incluso para tomar la decisión de hacer otra cosa, de someterlo a

discusión. Las cosas del “mundo” son todo lo contrario a lo que alimenta el consumo y tiene fecha de vencimiento. El “mundo” es lo que sobrevive a la la “obsolescencia programada” de las mercancías.

La ausencia de mundo

Hasta aquí. Porque el drama contemporáneo mayor ocurre porque el “mundo” no para de ausentarse, de alejarse, puero que la forma de vida que es por mucho dominante en la actualidad le da la espalda. Con todo este recorrido, con el problema así dimensionado, se entiende que la crisis de la educación no lleve a Arendt ni a culpabilizar a los docentes ni a los funcionarios ministeriales, porque la interpreta como efecto relevante del borramiento del “mundo”. Sin él, o con su presencia apenas débil, nuestra tarea gira en el aire. Digamos al margen: sería decepcionante la participación de Arendt en un programa de noticias o de panelistas, siempre tan necesitados de diagnósticos fáciles, de superficies y que apunte a responsables.

Escapismo y paisaje





Decíamos que un objeto del mundo es el *Facundo* de Sarmiento. Podemos arriesgar un poco más y sostener que Sarmiento es en sí mismo un “bien cultural”, por lo relevante y controvertido de su figura, por su pensamiento, por su obra. Sin dudas ha sobrevivido a lo largo del tiempo y ha dejado una profunda huella en nuestra cultura –hay quienes hablarían de surco, entre civilización y barbarie–. Ahora bien, ¿qué pasa con Sarmiento hoy?

¿Qué queda de Sarmiento?

A propósito de estos interrogantes, invitamos a leer el artículo de Ignacio Barbeito [“Sarmiento en la región del humanismo desaparecido”](#) publicado en el número 9 de la revista *Scholé Tiempo libre. Tiempo de estudio*.

Uno de los apartados del capítulo final de *La condición humana*, libro principal de Arendt de 1959, lleva por título “La alienación del mundo”, es decir, el alejamiento y la pérdida que nos afecta. El extrañamiento ante él. Afirma que son tres los grandes acontecimientos que “se sitúan en el umbral de la Época Moderna”. El llamado descubrimiento y conquista de América, al que siguió la exploración de todo el globo; la reforma protestante impulsada por Martín Lutero y, un hecho que quizás se consideró menor pero que con el tiempo mostró su gran influencia, “la invención del telescopio y el desarrollo de una nueva ciencia que considera la naturaleza de la Tierra desde el punto de vista del universo.” O sea, la invención de Galileo Galilei. Aunque parezca paradójico, los tres acontecimientos se reconocen en un mismo vector: la disminución del “mundo” como trama de espacio y objetos. La reforma protestante, a la par que expropió las posesiones eclesiásticas y monásticas, dio pie a una acumulación sin igual de riquezas que para Max Weber se encuentra en el origen del capitalismo. De allí a la expropiación de las tierras de los campesinos la distancia fue poca. A la par, hizo de la fe un asunto individual, ya no necesariamente colectivo e integrado al “mundo”. Arendt no acentúa de la misma manera que nosotros, porque es presa del eurocentrismo de su cultura, pero el “descubrimiento” de América fue un mazazo contra el “mundo”, una ofensiva de conquista y expropiación nunca antes vista. “La expropiación y la alienación del mundo coinciden, y la Época

Moderna, muy en contra de los actores de la obra, comenzó a alienar del mundo a ciertos estratos de la población.” Y el telescopio, claro, está en los inicios de la conquista del espacio, del anhelo de escapar de la Tierra. El prólogo del libro parece escrito con el diario en la mano, interpretándolo, y pone bajo una luz que es muy distinta a la del entusiasmo de la época, el significado de los primeros satélites que marcaban el camino hacia la Luna. Porque esos hechos fueron celebrados como pasos “de la victoria del hombre sobre la prisión terrena”, como la posibilidad de que la humanidad no permanezca “atada para siempre a la Tierra.” ¿Por qué este deseo, se pregunta, de dónde proviene? No surge de repente, tiene una cocción larga, la de la Época Moderna. “La Tierra es la misma quintaesencia de la condición humana, y la naturaleza terrena, según lo que sabemos, quizás sea única en el universo con respecto a proporcionar a los seres humanos un hábitat en el que moverse y respirar sin esfuerzo ni artificio.” Mira hacia nuestro presente y dice: “Cualquier cosa que sea lo que nos aporte el futuro, el proceso de alienación del mundo, iniciado por la expropiación y que se caracteriza por un progreso siempre creciente de la riqueza, asumirá proporciones aún más radicales si se le permite seguir su propia e inherente ley.”

Actualidad e irrealización del mundo

Convocamos a Arendt tal como lo hicimos porque deslindamos lo contemporáneo de lo actual. La actualidad está convencida de su condición puramente nueva; es instantánea, entra y sale de un plumazo, no remite a nada más que a ella misma. Lo contemporáneo, en cambio, precisa de una perspectiva, de una narración. Se acepta contaminado por estratos de tiempos previos que influyen sobre el presente. Abrimos un breve paréntesis: la escuela es por excelencia una institución de lo contemporáneo, no de la actualidad. O: puede hacer alianza con lo contemporáneo, la misma le permitiría desplegar sus potencias, mientras que si quiere competir en el terreno de lo actual no hay duda de que saldrá perdedora. La escuela es el lugar de las narraciones, de la búsqueda de sentidos, en dónde se invita a ir más allá, más hondo, del régimen de la información que hasta se enorgullece de ser de superficie. Seguimos: sólo se es contemporáneo, propone Giorgio Agamben, si se acepta el destiempo que constituye al propio presente y nos permite pensar en tensión con lo que la época naturaliza y conceptúa meramente de actual. En un libro último del filósofo surcoreano Byung-Chul Han, escrito durante la pandemia y en el que lo vivido en esa circunstancia resuena, se dice: “Hoy llevamos el smartphone a todas partes y delegamos nuestras percepciones en el aparato. Percibimos



la realidad a través de la pantalla. La ventana digital diluye la realidad en información, que luego *registramos*. No hay *contacto con cosas*. Se las priva de su *presencia*. Ya no percibimos los *latidos materiales* de la realidad. La percepción se torna luz incorpórea. El smartphone irrealiza el mundo.” Como si estuviéramos en un aula sin pizarrón, sin cuadernos ni lápices, sin libros pero también, pensando en los más chicos, sin juguetes, a los que reemplazarían los jueguitos en una pantalla. Cita una y otra vez a Arendt –así como también a Martin Heidegger– para calibrar la aceleración del proceso de pérdida del mundo, otra manera de nombrar a la “pobreza del mundo y de la experiencia” a la que en la década del treinta refería Walter Benjamin. Hace aterrizar la reflexión que venimos recorriendo en el recodo anteúltimo que se abrió entre comienzos del siglo XXI y el 2020. Si algo, y no es poco, tiene de seductora esa “no experiencia” que garantiza el smartphone, es que las cosas que, en tanto objetos, componen el mundo, presentan siempre un grado de negatividad, una resistencia. Es la incomodidad que sentimos y siente un estudiante frente a un libro, incluso ante la existencia física del aula, con sus tiempos tan propios que se han vuelto inéditamente extensos para el ritmo del 5G. Porque si la tendencia es a la “gamificación” o “ludificación” de la comunicación –así dice Han en *No-cosas. Quiebres del mundo de hoy*–, la escuela propone otra cosa, en efecto, propone tratar con el mundo y su resistencia. Durante la pandemia se añoró esa experiencia del mundo de la que fuimos privados, pero una vez reencontrados con la escuela sentimos la aspereza de una relación “humana, demasiado humana”. Todo luego del shock de virtualización que nos aisló un poco más y aun viviendo arracimados, en “enjambre” recurriendo a otra figura acuñada por el filósofo surcoreano.

Ante el agotamiento de una manera de imaginar y practicar la vida

Para dar paso, aunque más no sea sucintamente, a la otra inquietud por el mundo, esa que presentábamos asociada a los ecologismos, tomaremos prestada una última imagen de Arendt, también de *La condición humana*. Discute en un pasaje con la entronización del “hombre como la medida de todas las cosas” que se viene anunciando desde la época clásica de los griegos –con ella el propio Platón se entreveraba–, porque tal noción supone que todo lo demás sólo está dispuesto para su uso. Concluye que esa perspectiva conduce a ver “todo árbol como madera en potencia.” Es decir, sólo utilidad. Por eso la época moderna, que finalmente fue su momento de realización, implica la



“ilimitada instrumentalización de todo lo que existe.” Sólo la existencia del hombre cuenta, la de la tierra sólo en relación con él, a su servicio. Para Platón, añadamos, eran los dioses los desestimados, de ahí su crítica a esta posición. Cuando Arendt escribía esto, los campos de concentración, las bombas atómicas y “la conquista del espacio” aparecían como signos inequívocos de una mutación de magnitud, que alimentaba la sospecha y un poco más de que la técnica había alcanzado un poderío tal que ponía en entredicho al mismo humano. Como el aprendiz de brujo al que los instrumentos que cree dominar finalmente lo dominan a él.

Desde los últimos años del siglo XX, pensadores como Bruno Latour, Isabelle Stengers y, más próximos a nosotros, en Brasil, Eduardo Viveiros de Castro y Deborah Danowski, han llamado una y otra vez la atención sobre el agotamiento de una manera de imaginar y practicar la vida que supone una Naturaleza que no es más que un escenario en el que se desenvuelve una aventura, la de la Cultura, es decir, lo que sólo es propio de los humanos. Escribe el antropólogo Latour que “una extraña operación ha permitido desanimar una sección del mundo, declarada objetiva e inerte”, así como “sobreanimar otra sección, declarada subjetiva, consciente y libre.” Por supuesto, lo que se “desanima” hasta volverlo sólo un dato o un paisaje es la Naturaleza; también por este motivo se la suponía eterna, inmutable. En notorio contraste, es la Cultura y, por lo tanto, la subjetividad humana lo que se reserva el papel “consciente y libre”, lo que se “sobreanima”. Esta relación, que es de pura desproporción, se encuentra en los cimientos de la superexplotación y de la acción destructora sobre la Naturaleza que, como sabemos, pegó un primer salto con la Revolución Industrial de finales del siglo XVIII y otro fundamental con la Era Atómica. En tanto plenamente “desanimada”, la naturaleza carecería de fuerzas para interrumpir lo que la Cultura humana dispone, sus objetivos, sus metas de dominio y también de bienestar. La pregnancia de este esquema que para estos pensadores resultó exitosa a derecha e izquierda del campo político, fue paralela al desarrollo industrial, comercial y de las comunicaciones que caracterizó a la Época Moderna. Fue su ideología más amplia y poderosa.

Latour, y esto es compartido, entiende de una manera radicalmente distinta a la Naturaleza; atiende con más y con otra precisión lo que la Naturaleza protagoniza. Eso que los modernos comprendían como una simple “escenografía” ha salido “a escena para compartir la intriga con los actores”, así lo plantea en las primeras páginas de su libro, *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Por lo tanto, se impone apreciar la “potencia de actuar” de lo que se suponía tan sólo decorativo, un paisaje. Se refiere al río Mississippi pero, claro,

algo muy parecido podríamos decir del Paraná –lo escribió el poeta Juan L. Ortiz o el mismo Jaime Dávalos al que ya mencionábamos–, que desde hace un año atraviesa una bajante histórica. En su nombre, del Mississippi hablamos, se sigue escuchando la lengua indígena de los ojibwa, como en el Paraná se oye el guaraní. Latour acude al escritor norteamericano de la segunda mitad del siglo XIX Mark Twain para mostrar y poner de relieve la “potencia de actuar” de ese río. No quiere “endiosarlo”, no le interesa mistificarlo, sino reparar en “lo que hace”. El Mississippi, cosa que queda muy claro en novelas como *Las aventuras de Tom Sawyer* y en *Huckleberry Finn*, es una fuerza con capacidad de albergar cuantiosas vidas, animales, vegetales y humanas, así como también de destruirlas. Escribía Twain en la segunda mitad del siglo XIX que “ni toda la dinamita del mundo” alcanzaría para “domar ese curso sin ley”. Concluye Latour: “Una fuerza de la naturaleza, evidentemente, es todo lo contrario de un actor inerte (...) Si hay una cosa que el Mississippi posee, es una *agency* –potencia de actuar– y tan potente que se impone a la de todas las burocracias.” Interesante que sea en la literatura, de la mano de un escritor –como en la pintura de Tarsila do Amaral o de Frida Kahlo–, que se haga presente, que haya permanecido latente, otra forma de concebir a la Naturaleza que, por lo tanto, obligaba y obliga a otro esquema con la Cultura.



Les proponemos ver la película [“La princesa Mononoke”](#) de Hayao Miyazaki (1997) en la cual se representa, con una extraordinaria producción animada, una historia que refleja estas tensiones entre mundo y naturaleza, entre humanos y espíritus del bosque. Una película que habiendo cumplido 25 años, “no ha perdido actualidad” como suele decirse, ¿una obra que podríamos considerar parte del mundo, tal vez?

Se ha planteado, y con razón, que Japón, al haber sufrido el terrible daño que implicó para sus habitantes, para su mundo y tu tierra, el ataque atómico de agosto de 1945, desarrolló una importante reflexión sobre estos problemas que nos interesan en este módulo, y además lo hizo en producciones culturales de gran circulación. Por ejemplo, en películas de “calidad” como las de Kurosawa pero también en toda una imaginería que implica al animé y al manga. Las películas animadas de Miyazaki se destacan especialmente entre estas producciones.

En el foro de la clase nos encontraremos para compartir algunas reflexiones sobre la película.



Como el Mississippi o el Paraná, cada elemento –cada “existente” de la tierra, cada “terrícola”– de la Naturaleza se encuentra activo, siempre lo estuvo aunque no lo advirtiéramos. Ahora bien, una vez “ofendidos”, este adjetivo usa Isabelle Stengers, esa actuación se potenció y, así, como si fuera súbitamente los humanos nos encontramos bajo la impresión de que por obra del toque de una “varita mágica” adquirieran vida, como ocurre en los dibujos animados con los objetos de una cocina o de un espacio que se consideraba sólo físico. Es un revuelo, una pura “efervescencia”, es el “revoltijo de Gaia”. Tamaña potencia le reconocen Latour y Stengers que desaconsejan preocuparnos con buena conciencia –tardía– por la suerte desgraciada de la Naturaleza, ya que para ésta los humanos somos no mucho más que un accidente, sobre los que se puede ejercer una venganza feroz. Los que estamos en problemas somos nosotros, no ella... Han hecho suyo un viejo/nuevo nombre para referir a la tierra, Gaia. No estamos escuchando mal: se trata de científicos que vuelven a la mitología griega para hacer apreciar mejor la ruptura epistemológica y también muy terrenal que estamos viviendo. Gaia es Gea, diosa primordial, madre de Cronos y Urano. Escribe Stengers: “Porque la misma Gaia no está amenazada, a diferencia de las muy numerosas especies vivas por el anunciado cambio de su medioambiente, de una rapidez sin precedentes.” Es ella la que hace “intrusión” en respuesta a la sobreexplotación y el desequilibrio. Nos interesa terminar con estas palabras esta clase, palabras que revelan cómo en la textura para nada homogénea de nuestro tiempo se cuelan cosmogonías que se tenían superadas. “En adelante Gaia, más que nunca, es la bien nombrada, porque si fue honrada en el pasado, es más bien como la temible, a quien se dirigían los pueblos campesinos porque sabían que los humanos dependen de algo más grande que de ellos, de algo que los tolera, pero con una tolerancia de la que no hay que abusar. Ella era antes el culto del amor maternal, que lo perdona todo. Una madre, quizás, pero irritable, que no hay que ofender.”

Se habla y se escribe, también se filma y queda registrado en numerosas películas y series, acerca de un futuro al que sólo se alcanza a imaginar distópico. O sea, como lo contrario a una utopía deseable, hecha de la realización de todo lo bueno y justo que abriga desde hace siglos la cultura. Si se prefiere evitar esa imaginería pesimista, ante el futuro apenas se calla, se hace silencio, cuál si se encontrara ocluido, cancelado. ¿O escuchamos acaso voces que se alzan en otra dirección, que se muestran confiadas por el porvenir? En la última clase que tendrá otra forma nos abocaremos a pensar alrededor del futuro y de lo que se desprende de esta situación que acabamos de describir suavemente. Como sea, tanto la alienación del mundo sobre la que trata Arendt como la percepción



de la bancarrota a la que ha llegado una forma de vincularnos con él en tanto “naturaleza muerta”, se encuentran entre las principales causas que nutren sino el pavor, el desconcierto profundo ante lo que vendrá.

Actividad

La siguiente actividad consta de dos partes, la primera se realiza en el **mural colectivo “Una visita al futuro”** y la segunda, en el foro **“La casa en común”**.

1- Mural “Una visita al futuro”

Realicen una entrevista a un/a joven estudiante para conocer cómo imagina el mundo en el futuro y compartan en el mural las respuestas que obtuvieron. Pueden llevar adelante la entrevista en el formato que deseen siempre que les permita su transcripción para compartirla con el resto de los y las colegas del aula. No es necesario incluir información personal del entrevistado/a pero sí les pedimos que identifiquen la edad y la institución educativa a la que asiste.

Les acercamos un guión posible para orientar el intercambio con el/la estudiante:

a)- Primero, enfoquémonos en tu proyecto personal: ¿cómo imaginás tu futuro? ¿qué te imaginás haciendo en 20 o 30 años?

b)- Ahora te propongo que pensemos una situación hipotética: Viajás en el tiempo 50 años hacia adelante, ¿qué ves?, ¿qué esperás encontrar?, ¿qué te sorprendería?. En esa exploración, te detenés en una escuela, ¿cómo la describirías? ¿quiénes asisten? ¿qué cambió y qué se mantuvo?

2- Foro “La casa en común”

Luego del visionado de **“La princesa Mononoke” de Hayao Miyazaki** (1997), de repasar los planteos de la clase y releer los textos de la bibliografía obligatoria: **“La crisis de la educación” de Hannah Arendt** y la entrevista a **Eduardo Viveiros de Castro y Déborah Danowski**, les proponemos

intercambiar en el foro **La casa común** algunas reflexiones que liguen con el problema del agotamiento de una manera de imaginar y practicar la vida social en vínculo con la naturaleza y el alejamiento u ocultamiento del mundo y las dificultades que presenta esta situación para la transmisión cultural y la educación.

Con estos insumos, y con las inquietudes que puedan haber despertado las entrevistas realizadas a jóvenes estudiantes a propósito del futuro de nuestro mundo, elaboren una reflexión de 250 palabras aproximadamente en la que ensayan respuestas a las preguntas de **uno de los dos bloques de interrogantes**:

Bloque 1 ¿Qué diagnóstico sobre la crisis de la educación realiza Arendt en su texto? ¿Encuentran acertado algo de ese diagnóstico para pensar la situación educativa actual? ¿Por qué?

Bloque 2 ¿Qué problemáticas identifican Viveiros de Castro y Danowski en la entrevista? ¿Qué aportes realiza la película para pensar estas problemáticas? ¿Cómo esta situación desafía el rol de la escuela?

Criterios de evaluación:

- Claridad en la transcripción de la entrevista
- Presentación coherente y fundamentada de las reflexiones compartidas en el foro
- Incluir de manera clara y pertinente nociones o citas extraídas de los materiales de lectura y visionado de la clase.

Material de lectura

- Arendt, H. (1996) “La crisis en la educación” en *Entre el pasado y el futuro: Ocho ejercicios de reflexión política*. Barcelona: Península.

- Entrevista a Eduardo Viveiros de Castro y Déborah Danowski. Diálogos del fin del mundo.

El país (2014). Recuperada de:

https://elpais.com/internacional/2014/10/01/actualidad/1412193739_781432.html Fecha de consulta: 26 de septiembre de 2022.

Bibliografía de referencia

- Agamben, G. (2011) “¿Qué es ser contemporáneo?”, En *Desnudez*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011. [Ensayo original publicado en 2007 a partir del curso de filosofía que Giorgio Agamben dictó en el Instituto Universitario de Arquitectura de Venecia].
- Andermann, J. (2015). *Nuevo cine argentino*. Buenos Aires: Paidós.
- Arendt, H. (2007) *La condición humana*. Barcelona: Paidós
- Barbeito, I. (2021, 13 de diciembre). Sarmiento en la región del humanismo desaparecido. *Revista Scholé*, (9). Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba. Instituto Superior de Estudios Pedagógicos. [<https://schole.isep-cba.edu.ar/>]
- Benjamin, W. (1982) “Experiencia y pobreza” [1933]. En *Discursos interrumpidos*. Madrid: Taurus
- Danowski, D y Vivieiros de Castro, E. (2019) *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Han, B. (2021) *No-Cosas. Quiebres del mundo de hoy*. Barcelona: Taurus.
- Latour, B. (2017) *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Miyazaki, H. (1997) “La princesa Mononoke”.
- Lyotard, J.F. (1998) *Lo Inhumano, Charlas sobre el Tiempo*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Stengers, I. (2017) *En tiempos de catástrofes. Cómo resistir a la barbarie que viene*. Barcelona: NED Ediciones.
- Twain, M. (1986) *Las Aventuras de Tom Sawyer*. Buenos Aires: Hypsamérica.

- Twain, M. (2006) *Las Aventuras de Huckleberry Finn*. Madrid: Penguin clásicos.

Créditos

Autor: Javier Trímboli

Cómo citar este texto:

Trímboli, Javier (2022). Clase Nro.3: La noción del mundo. El mundo contemporáneo y sus transformaciones: sociedad, escuelas y estudiantes. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
[Atribución-NoComercial-CompartirlIgual 3.0](#)

Módulo 4: El mundo contemporáneo y sus transformaciones: sociedad, escuelas y estudiantes

Clase 4: El futuro tal como lo conocemos

Líquido y cancelado

En esta última clase, tal como ya adelantamos, nos abocaremos a pensar alrededor del futuro y de lo que se desprende de la situación que describimos como contemporánea, a propósito de la presencia/ausencia del mundo, la abundancia/escasez del trabajo, las posibilidades de un vida en común. Asuntos en los que nos detuvimos para lograr una mejor radiografía de la situación en la que se encuentra la escuela, para mapear las coordenadas de nuestra época, aquellas con la que toda experiencia socioeducativa entra ineludiblemente en relación.

Nos encontramos ante un panorama de mucha incertidumbre, ya que probablemente una de las consecuencias más fenomenales, acarreada por las transformaciones que agitan al mundo contemporáneo, sea la gran dificultad para imaginar y proyectar las vidas sobre el futuro.

Repasemos: la experiencia clásica de la modernidad, que de un tiempo a esta parte se caracteriza como “sólida”, para contrastarla con la nuestra que sería “líquida”, permitía enlazar de manera segura con el futuro. El trabajo, pero también la escuela, eran garantes de esa relación que tenían en la palabra “progreso” su insignia principal. Justamente el “fin del futuro”, que tuvo en la música punk su grito desesperado y ansioso, fue y sigue siendo otro de esos finales con los que nuestra época tiene que lidiar. Recordemos: ese grito brotó de la crisis, de amplios sentidos, pero sobre todo económica, de mediados de la década de los setenta, cuando el capitalismo de pleno empleo que se articulaba con el Estado de Bienestar mutó en otra cosa, en algo mucho más parecido a lo que conocemos y experimentamos hoy.

La cuestión de inmediato liga con los jóvenes, porque ellos han sido siempre quienes trajeron, con más o menos estridencia, una forma nueva de mirar y nombrar al futuro. Proponía el historiador Jules Michelet, allá por mediados del siglo XIX, que “cada época sueña con la siguiente”, agregamos nosotros que eran y son los jóvenes quienes dinamizan ese sueño de lo que vendrá. Y porque es casi imposible ser joven, como lo son nuestros/as alumnos/as, sin un grado de entusiasmo por el presente y sobre todo por el tiempo por venir.

Pero entonces, ¿está en riesgo el futuro?, ¿en qué sentido?, ¿desde cuándo?

El crítico cultural (musical) británico Mark Fisher nos plantea algunas incisivas preguntas para pensar la problemática presente y la llamada “cancelación del futuro”. Desandando las transformaciones que lo tocaron de cerca en el país que gobernó Margaret Thatcher entre 1979 y 1990, desde el título de su libro *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* (2016) transforma en interrogante la afirmación categórica que pareció extenderse por todo el globo luego de la caída del muro de Berlín.

Algunos de esos interrogantes, que nos interesan especialmente y que se vinculan con lo que venimos proponiendo pensar en el módulo, remiten a la posibilidad de renovación del mundo: “¿Puede ser que ya no haya rupturas y que la experiencia del “shock de lo nuevo” haya quedado definitivamente atrás? (...) ¿Cuánto tiempo puede subsistir una cultura sin el aporte de lo nuevo?” (Fisher, 2016:24).

En otro de sus libros, *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos* (2018), el autor se centra en algunos productos culturales contemporáneos para analizar el estado presente de la cultura, condenada a la repetición del pasado como moda, como pura cita.



“El futuro no desapareció de la noche a la mañana. La expresión de Berardi “la lenta cancelación del futuro” es tan acertada porque captura el gradual pero incesante modo en que el futuro se ha visto erosionado durante los últimos treinta años. La crisis actual de la temporalidad cultural se sintió por primera vez a finales de la década del 1970 y principio de la del 80 pero solo en la primera década del siglo XXI se volvió endémica la discronía, como la llama Simon Reynolds (...) El posmodernismo de Jameson- con sus tendencias hacia la retrospección y el pastiche- ha sido naturalizado. Tomemos el caso de alguien como la enormemente exitosa Adele: si bien su música no es promocionada como retro, tampoco hay nada en ella que indique que pertenece al siglo XXI. Como mucha de la producción cultural contemporánea, sus grabaciones están

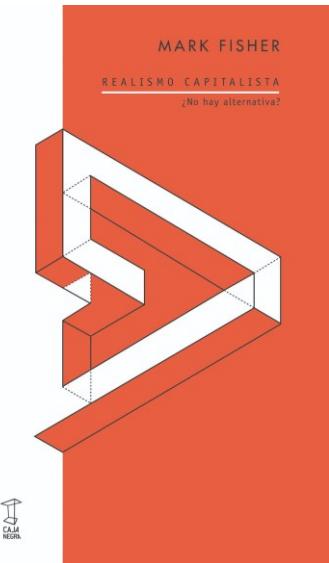
saturadas de un vago, pero persistente sentimiento del pasado que no refiere a ningún momento histórico específico." (Fisher, 2018:39)

Los y las invitamos a compartir la grabación de la conversación que sostuvimos sobre estos temas en el marco de una edición anterior de la propuesta. Antes del visionado, les proponemos realizar la lectura de uno de los textos de Fisher que comentamos brevemente: el capítulo "Es más fácil imaginarse el fin del mundo que el fin del capitalismo" del libro *Realismo Capitalista. ¿No hay alternativa?*



<https://youtu.be/8XyVwSSo1wl>

Actividad



Luego de la lectura del capítulo "Es más fácil imaginarse el fin del mundo que el fin del capitalismo" del libro *Realismo Capitalista. ¿No hay alternativa?* y considerando las preguntas sobre el futuro y su vínculo con la educación que se abren a partir de la videoconferencia, les proponemos avanzar con la elaboración del Trabajo Final Integrador.

Antes de empezar a escribir sus reflexiones finales, revisen las producciones realizadas en cada una de las actividades previas y vuelvan al mural "Una visita al futuro" para releer las entrevistas que allí compartieron. La idea de este ejercicio es abrir la conversación y contar con otros insumos a la hora de producir el escrito final. Confiamos en que explorar la perspectiva de jóvenes estudiantes sobre su futuro y el futuro del mundo constituirá un material relevante para sus reflexiones. A la hora de elaborar su escrito pueden incluir citas de cualquiera de las entrevistas compartidas en el Muro.

Material de lectura

Fisher, Mark, (2016) ["Es más fácil imaginarse el fin del mundo que el fin del capitalismo."](#) En: *Realismo Capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.

Bibliografía de referencia

Benjamin, W. (2005). *El libro de los pasajes*, Madrid: Akal.

Fisher, M. (2016). *Realismo Capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.

Fisher, M. (2018). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Buenos Aires: Caja Negra.

Créditos

Autor: Javier Trímboli

Cómo citar este texto:

Trímboli, Javier (2022). Clase Nro.4: El futuro tal como lo conocemos. El mundo contemporáneo y sus transformaciones: sociedad, escuelas y estudiantes. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
[Atribución-NoComercial-CompartirlGual 3.0](#)